

TRAGEDIA.

MITHRIDATES.

EN CINCO ACTOS.

ACTORES.

Mithridates, Rey.
Pharnace su hijo mayor.
Fifarés, hijo menor.
Monima, Reyna.
Phedima, su confidenta.

* *Arbates*.
 * *Arcas*.
 * *Guardias*.
 * *Acompañamiento de Soldados*.
 *

ACTO PRIMERO.

SCENA I.

Fifarés y Arbates.

Fif. **C**ierto ha sido el rumor, querido Arbates;
 Roma al fin vence, y Mithridates ha muerto:
 no lejos del Euphrates los romanos rapidos, à mi padre sorprendieron, y engañando las sombras de la noche à su inclito valor; despues de recio y sangriento combate, al fin su campo desordenado, timido y disperso le dejó entre los muertos confundido: ahora supe que en nuanos de Pompeyo puso un soldado su real corona y su espada, terror del universo. Así este grande Rey, que quarenta años cansó à los Generales mas expertos, que pudo à su valor oponer Roma, y que tubo en Oriente tanto tiempo, suspensa la valanza de sus Reyes,

el honor y la causa sosteniendo; ahora muere infeliz, y solo deja para vengar tan tragico suceso dos hijos entre si no muy unidos.

Arb. ¿Pues que Señor, del trono los deseos, os hacen ya, enemigo de Pharnace?

Fif. No, Arbates mio, à tan costoso precio no pretendo comprar las tristes ruinas de este imperio infeliz: en él respeto de la edad la ventaja; yo no ignoro que es mi hermano maior, y satisfecho con mi parte de herencia, sin envidia veré que goza en paz, de quantos reynos le diere la amistad de los romanos.

Arb. Señor! de los romanos? será cierto que un hijo del heroico Mithridates...

Fif. No lo dudes, amigo: ha mucho tiempo que ya es Roma el alma de Pharnace, y ahora que vé los prosperos sucesos de Roma vencedora; no hay fortuna que conseguir no espere por su medio. Yo al contrario, mas fiel ahora que nunca del honor de mi padre, un odio eterno à los romanos guardo, mas ni mi odio ni su amistad son ahora los objetos que causan nuestras crueles disensiones,

A

¿Pues

Arb. Pues qual otro interés puede encenderos

Señor: tanto contra el?

Jif. Voy à asombrarte.

Esta Moníma que tan fuerte incendio á mi padre inspiró de quien amante se declaró Pharnace; en el momento en que su muerte supo...

Arb. Y bien.

Jif. Yo la amo.

Si, Arbates mio, yo tambien la quiero; y ahora lo he de decir, pues que mi hermano

es ya unico rival de mis afectos: tu no esperabas oír este discurso; pero no es un amor de poco tiempo; esta llama voráz: su fuego activo aumentó sepultada en el silencio: ¡que no pueda explicarte los ardores que inflamaron entonces á mi pecho mis primeros suspiros, y las ansias que he sufrido despues! pero el funesto

estado, á que nos vemos reducidos no permite que ocupe el pensamiento en una amante, y desgraciada historia: te baste ahora saber para que reo á tus ojos no sea el amor mio, que yo á la Reyna ví y amé el primero, que mi padre ignoraba hasta su nombre quando mi corazon ya iba sintiendo de un legitimo amor la pura llama, él la miró, despues la quiso tierno.

Pero en vez de ofrecer á su hermosura con votos dignos de ella un Himeneo, creyó que satisfecha con el solo honor de merecerle los afectos, una indigna victoria se le diese: tú sabes como empleó todos los medios de tentar su virtud, y que causado de emplear inutilmente tanto esfuerzo,

ausente, pero lleno de su llama, la diadema que es seña del Imperio hizo por fin llevarla por tu mano: amigo, considera lo violento que mi dolor seria quando supe el amor de mi padre, y sus intentos!

y quando supe en fin que destinada Moníma para el real paterno lecho se acercaba contigo ya á Ninphea! en este mismo detestable tiempo mi madre oyó de Roma las ofertas y ofrece por vengar un Himeneo que era injuria del suyo; ó pues que quiso

procurarme el amparo de Pompeyo, hizo á mi Madre la traicion mas negra; y á los romanos enemigos nuestros entregó infiel la plaza, y los tesoros que aquel entre sus manos habia puesto. Como me quedé yo, querido amigo, quando supe delito tan horrendo! desde aquel mismo instante en Mithridates,

no vi un competidor ni hize recuerdo de mi amor infelice por el suyo; mi valor y mis ansias solo oyeron á un ofendido padre; despechado ataqué á los romanos con esfuerzo. Y mi madre me vió quando tomaba la misma plaza que vendió á vil precio exponerme á los golpes mas mortales de los contrarios, y querer muriendo desaprobar su barbaro delito.

Libre el Euxino fue desde aquel tiempo, y toda via lo es; desde la orilla que sirve al punto de confin estrecho hasta el agua que al Bosporo circunda todo quedó pacifico, y sujeto de mi padre al dominio: sus navios prosperos, y tranquilos no tubieron mas enemigos que inquietud les diesen que las aguas, las olas y los vientos. Aun mas hacer queria: mi designio era volar yo mismo á socorrerlo, y rapido abanzarme ácia el Euphrates; mas detuvo mis pasos el funesto subito aviso de su triste muerte.

En medio de mis llantos y tormentos (no te lo niego amigo) esta Moníma que te confió mi padre, fué el objeto que adornado de todos sus encantos se me vino primero al pensamiento. Yo temí por su vida, de mi padre recelé los amores siempre fieros,

tu sabes quantas veces inhumanas las barbaras ternezas de su pecho mandaron darla muerte à sus queridas. Yo volé ácia Ninphea, y lo primero que vi al pie de sus muros fué à Pharnace:

mi triste corazon concibió luego un funesto presagio. Tu igualmente nos recibiste, y sabes todo el resto. Pharnace en sus deseos siempre ardiente me ocultó su osadia, y sus deseos de mi padre la tragica desgracia à la Reyna contó, le dió por muerto, y à ocupar su lugar se ofreció al punto. No hay duda que mi hermano querrá hacerlo

del modo que lo dice; pero, amigo, yo tambien ahora declararme quiero. Quanto mi amor sumiso y reverente de un padre respetó el poder supremo, tanto este mismo amor ahora irritado le sabrá resistir al rival nuevo.

O la misma Monima declarada contra mi amor, condenará los fuegos que ahora mismo pretendo descubrirle; ò nadie piense conseguir su afecto, si el camino no se abre con mi muerte. Vé aqui, querido Arbate, los secretos que decirte queria; ahora tu debes tomar aquel partido que à tu pecho le parezca mejor: piensa, resuelve à quien hallas mas digno de tu zelo, à el esclavo ser vil de los romanos, ò à el hijo de tu Rey. Quizás el fiero con aquella amistad piensa que puede en Ninphea mandar. ¿Y tendrá aliento de hablarme como Rey? Pero se engaña, que en Ninphea no tiene algun Imperio: el Ponto fue su herencia, Colcos mia, y nadie ignora que de todo tiempo el Bosphoro en que ahora nos hallamos al Imperio de Colcos fué sujeto.

Arb. Señor, mandadme; mi eleccion està hecha:

y si en Ninphea alguna cosa puedo, creed que haré mi deber exactamente con la misma lealtad, el mismo zelo, con que sirviendo à vuestro padre supe

defender esta plaza à un mismo tiempo de vos y vuestro hermano: sabré ahora ya que mi Rey y mi Señor ha muerto defenderla por vos de todo el mundo: no sé yo que sin vos de mis alientos habia llegado el fin, y que Pharnace derramando mi sangre habria cubierto con ella estas murallas, que poco antes habia defendido contra el mismo.

Señor, aseguraos, solamente del gusto de la Reyna y sus afectos, hacéd que ella os elija, y esto basta. Que yo hé depoder poco en este puesto, ò Pharnace dejando en vuestras manos el Bosphoro, à gozar irá á otro suelo lo que le diere la amistad romana.

Fif. Arbates mio, quanto te agradezco.. mas gente viene: ay Cielos! que es la Reyna.

Vete, amigo de aqui: vete corriendo:

SCENA II.

Monima y Fifarés.

Mon. A vos, Señor, recurro en este día; porque en fin si en vos no hallo algun remedio,

¿de quien me he de valer? yo me hallo sola,

sin padres, sin amigos y sin deudos, y de todo socorro abandonada.

Reina en el nombre, esclava en efecto, y viuda sin haber tenido esposo.

Aun estas, son Señor, en mis tormentos las mas dulces de todas mis desgracias. Ved si soy infelice! ya comienzo

à temblar, porque es fuerza descubriros à mi perseguidor. Mas con todo eso

espero que vuestra alma generosa no ha de sacrificar el llanto tierno

de una infeliz que vuestro amparo busca fiada en la piedad de vuestro pecho,

al interés, ni al vinculo de sangre, que os enlaza con el: estos conceptos os dicen que me quejo de Pharnace...

El es, Señor el es, el que violento unirme solicita à su destino con un odioso y barbaro Himéneo,

A2

para

para mi mas horrible que la muerte.
 Baxo de que destino tan adverso
 he venido yo al mundo! condenada
 sin amor desde luego á un casamiento,
 no bien me veo libre, y quando apenas
 empieza á respirar mi triste aliento,
 quiere mi fiera y enemiga suerte
 entregarme á otra mano que detesto.

Yo sé, Señor, que humilde en mis des-
 gracias,
 mi corazon debiera hacer recuerdo
 de que oy estoy hablando de un her-
 mano;
 pero ¿sea razon, ¿sea genio,
 ¿que se extienda mi odio á los ro-
 manos,
 jamás el Himeneo mas funesto
 formado con los mas negros auspicios
 podrá igualar al barbaro tormento
 de ese que me amenaza: y si Moníma
 lograr no puede con sus tristes ruegos
 vuestro pecho ablandar, si al fin no en-
 cuentra

mas auxilio que solo su despecho,
 vos la vereis, Señor, al pie sagrado
 del santo Altar á vista de los Cielos:
 guiada del furor sabré yo misma
 romperme un corazon que aquel violento
 quiere tiranizar, y de que nunca
 disponer he podido ni un momento.

Jif. Señora, sosegaos, y estad cierta
 de mi fe y obediencia. De este Imperio
 vos sereis siempre el dueño soberano,
 y si quiere Pharnace inspirar miedo,
 á otra parte puede ir. Mas vos, Señora,
 no sabeis todavia por entero
 vuestras desgracias.

Mon. Que, Señor: ¿hay otra
 que se reserve á mi infelice pecho?

Jif. Si es delito, Señora, el adoraros,
 no es mi hermano Pharnace el solo reo,
 y mas culpado que él soy yo mil veces.

Mon. Vos, Señor?

Jif. Si Señora. Este afan nuevo
 podeis contar entre los mas horribles.
 Invocad las potencias de los Cielos
 contra una sangre odiosa é infelice:
 nacida solo para daño vuestro,

El padre y sus dos hijos os persiguen;
 pero por mas pesares, mas tormentos
 que tengais, en oir este infelice
 amor fatal que de deciros vengo,
 jamás vuestras desgracias las mas fieras
 se podrán igualar á los violentos
 martirios que he sufrido por callarlo.
 No os figureis por esto que yo quiero
 libraros del insulto de Pharnace
 para imitarle el insolente exemplo
 y en su lugar ponerme. No, Señora;
 vos libre quereis ser, y yo pretendo
 que seais arbitra siempre de vos misma.
 Ya os dixe otra vez, y á decir vuelvo
 que ni del, ni de mi pendereis nunca;
 pero en fin quando os haya satis-
 fecho

y que libre os mireis, ¿á que regiones
 pretendéis dirigir los pasos vuestros?
 ¿será junto al pais que me obedece?
 ¿á clima mas distante y estrangero?
 ¿permitiréis que logre acompañaros?
 ¿habeis de ver con ojos tan severos
 al que inocente está como al culpado?
 por huir de mi rival, ¿iréis huyendo
 de mi vista tambien? y de mi ciega
 y rendida obediencia será el premio
 la cruel necesidad de resolverme
 al barbaro tormento de no veros?

Mon. Ay, Señor! que decis?

Jif. Bella Moníma:
 Si el tiempo daen amor algun derecho,
 yo os vi, y os adoré, quando ninguno
 veros habia logrado, y el intento
 formé de unirme á vos con dulce lazo
 quando vuestros encantos annui-
 tiernos,

y de mi padre entonces ignorados,
 reclusos siempre en el ogar paterno,
 á vuestra madre solo se mostraban
 si forzados despues, por un funesto
 pero estrecho deber; mi amor se ha visto
 obligado á ocultar su ardiente fuego;
 ¿no os acordais tambien quan pesaroso
 me quexé de un deber tan duro y fiero?
 ¿no haceis memoria ya, que quando iba
 á hacer ausencia de los ojos vuestros,
 un profundo dolor, un triste llanto
 el

el interprete fue de mis lamentos?
pero ay triste de mí! pues me apercibo
que yo soy solamente el que me acuerdo!
¡que infelice que ha sido el amor mío!
confesadlo, Señora, yo os renuevo
un sueño ya borrado de vuestra alma,
en el tiempo que yo de vos mui leños
sin esperanza alguna de mi vuelta
fomentaba en mi pecho el mas violento
aunque infelice amor; ¿vos ya contenta
y resuelta del padre al Himeneo
no os afligia el padecer del hijo?

Mon. Ay misera de mí! que cruel tormento!

Jif. ¿Habeis compadecido un solo instante
mi afán y mi dolor?

Mon. Divino Cielo!

Príncipe.. no abuseis de mis desgracias..

Jif. Yo abusar! justos Dioses, quando vü-
elvo

á defenderos sin pedirós nada,
sin nada pretender, y que resuelto
á servirós en todo resignado
os he dado palabra de ponerós
en libertad, de no volver á verme?

Mon. Es quizá prometérme mas de aquello
que hacer podreis despues.

Jif. Pues qué, Moníma,
¿á pesar de mis muchos juramentos
vos dudais de mí? ¿creeis que abusando
del poder con que me hallo en este reino
á vuestra libertad límites ponga?

pero gente se acerca ácia este puesto.
Explicaos, Señora. Respondedme
siquiera una palabra á mi desvelo.

Mon. Libertadme, Señor, del cruel Phar-
nace:

y para que consienta siempre en veros,
nunca tendreis que usar de tiranias.

Jif. Ay Moníma.

Mon. Pharnace ya está dentro.

SCENA III.

Moníma, Jifarés y Pharnace.

Phar. Hasta quando, Señora, de mi padre
la venida esperais? cada momento
llegan nuevos testigos de su muerte
que condenan vuestro animo irresuelto.

Venid, huid de este clima tan salvaje
que no os presenta con feroz aspecto
sino de esclavitud tristes señales.

Un pueblo sometido en otro Cielo
mas dulce, mas feliz, de vos mas digno,
os espera con ansia y con respeto.

El Ponto por su Reyna os reconoce,
y vuestras sienés desde largo tiempo
llevan ya la señal de soberana.

Esa banda real adorno bello
de vuestra hermosa frente es una prenda
que debe aseguraros este Imperio;
y siendo yo ahora dueño de este estado
que me dexa mi padre, soy quien debo
sus promesas cumplir; pero es preciso
que sin mas dilacion el Himeneo,
y la partida á un tiempo se executen:
nuestro interés, y mis amantes fuegos
lo están pidiendo ya; mis naves pron-
tas

esperandoos están; vamos al templo,
y desde el mismo Altar subiendo á ellas
iréis ya soberana, y como dueño
de los mares que deben conducirós.

Mon. Muy grandes son, Señor los do-
nes vuestros;

mas pues el tiempo estrecha y es preciso
qué una respuesta os dé; decidme luego
si podré por lo menos libremente
deciros mis secretos sentimientos.

Pharn. Moníma puede todo lo que quiera:
y yo oiré quanto diga con respeto.

Mon. Creo, Señor, que ya soi conocida.
Epiro fue mi patria, y los abuelos
de que el origentraigo, ò fueron Reyes,
ò tan ilustres heroes que los Griegos
por sus heroicas inclitas virtudes
con mas aprecio que á los Reyes vieron.
Mithridates me vió: mi patria entonces
sugeta estaba á su feliz Imperio:
el sedignó de amarme, y la real banda
como prenda me envió de su Himeneo.
Esta fue para toda mi familia
una suprema ley, y mi respeto
otro arbitrio no vió que la obediencia;
esclava coronada parti luego,
dexandome guiar de mi destino.

El Rey que por entonces en el seno
de

de sus vastos estados me esperaba, se vió forzado á dirigir muy presto sus designios y pasos á otra parte; y mientras en la guerra estaba atento me mandó conducir á este parage libre y distante del marcial estruendo. Yo vine, y me mantengo todavia... mas mi padre, Señor á caro precio este honor infeliz á pagar vino; porque de Roma fue primer troféo Philopemen por padre de Moníma, pues por ser su hija yo, muerte le dieron.

Esto es, Señor, lo que deciros quise, para que examineis si tener debo el odio mas terrible contra Roma; pero aun que la aborrezca, yo no tengo exercito que pueda cotrastrarla, testigo inutil de sus crueles hechos: me falta un cetro y tropas; solamente tengo mi corazon: y quanto puedo hacer en mi dolor, es guardar pura la fé que debo á quien medió el aliento; y no manchar mis manos en su sangre, tomando por mi esposo y por mi dueño envilecida y vil, á quien aliado está con los romanos.

Pharn. No os entiendo.

¿que decis de romanos y de alianzas?
¿quiendice que yo aliado esté con ellos?

Mon. Pues que podeis negarlo? ¿de qué modo vinierais á ofrecermé aquellos reinos y la entrada de un país, á quien la guerra

y los romanos cercan, si el secreto tratado que con ellos os ha unido no os abriera las sendas y el Imperio?

Pharn. Yo os descubriera todas mis ideas sincerando mi honor de este improprio si vos misma dexando disimulos me hablareis con un labio mas sincero: mas Señora, juntando las diversas excusas que me dais, á ver empiezo vuestro oculto interés; y no es un padre el que os inspira ahora estos consejos.

Jif. Tenga, Señor, la Reyna los motivos que pudiera tener el labio vuestro, no debe responder resueltamente.

Qué! podeis vacilar solo un momento en el forzar contra la injusta Roma toda la saña del ardor mas fiero? hemos oido de un padre la desgracia: ¿y omisos en vengarlo, mas dispuestos á ocupar su lugar, tan baxamente nuestro honor y su sangre olvidaremos? El ha muerto, Señor; ¿pero se sabe si siquiera ha tenido aquel excelso los funestos honores del sepulcro? ¿ui quien sabe tampoco si en el tiempo en que de amor hablais, aquel Monarca á quien todo el Oriente por sus hechos, ultimo de sus Reyes apellida, en sus estados misero yaciendo, privado del asilo del sepulcro y sin honor, rendido de los muertos entre la obscura turba; allí no acusa la barbara injusticia con que el Cielo su real cadaver ultrajar permite, la triste situacion, lugar funesto y la ingrata vileza de sus hijos que al oprobio de un Eroe tan excelso no se atreven á dar justa venganza?

Ah Señor! no perdamos así el tiempo: del Bosphoro en la orilla y en el mundo ha quedado algun Rei digno de serlo: vé aqui nuestros aliados; prontamente corramos á buscarlos, y con ellos vivamos ó muramos si es preciso como hijos del heroico padre nuestro. Sobre todo aunque quiera reducirnos la dulzura de amor; solo pensemos en defender de yugo tan tirano con nuestra libertad la de estos reynos, y no en querer forzar los corazones á que no se nos entreguen ellos mismos.

Pharn. El conoce, Señora, vuestro gusto: mirád si se engañaban mis recelos: este es el interés tan poderoso que en vuestra alma domina con imperio: este el padre y romanos que os obligan á no admitir mi mano y mis afectos.

Jif. Yo ignoro de su pecho los arcanos: mas si acaso pensara conocerlos, como vos lo pensais, me sometiera, y no la importunara con mis ruegos.

Pharn. Vos hicierais muy bien; pero yo lo
hago lo

lo que hacer me conviene: vuestro exemplo

no es para mi una regla.

Jif En este sitio

todos deben tomarla por modelo.

Pha. Eso podeis decir estando en Colcos.

Jif. En Colcos como aqui decirlo puedo.

Pharn. Aqui tal vez os costaria caro.

SCENA IV.

Monima, Pharnace, Jifarés y Phedima.

Phed. Principes, todo el mar está cubierto de muchas naves; y de aqui à muy poco las nuevas de su muerte desmintiendo entrará en este puerto Mithridates.

Mon. Mithridates!

Jif. Mi padre!

Pharn. Oh Dios que es esto?

Phed. El mismo Rey para llegar mas pronto se trasladó à navio mas ligero,

y presuroso se ha embarcado Arbate, para ir à recibirle.

Jif. Santo Cielo!

¿que hemos echo Princesa? ¿suerte dura!

Mon. Principe à Dios. Que aviso tan funesto!

SCENA V.

Pharnace y Jifarés.

Pharn. Mi padre vuelve? ha perfida fortuna! mi amor y vida están en grande riesgo.

Los romanos que espero vendrán tarde.. ¿que puede pues hacer? Señor bien veo,

A Jifarés.

que se affige vuestra alma, y de Monima he reparado los suspiros tiernos;

pero hablaremos de esto mas despacio, pues mas urgentes é importantes riesgos

ahora ocuparnos deben. El Rey llega, y vendrá como siempre muy severo.

Quando es mas infeliz, es mas terrible: ved que nuestro peligro es muy estrecho:

los dos somos culpados, al Rey nunca la amistad le desarma lo violento.

El con su propia sangre es mas furioso, mas implacable juez, y ya sabemos

como mandó terrible dar la muerte à otros dos hijos, y por mucho menos.

Ah Jifarés! temamos por entrambos: temamos por la Reyna, ved su riesgo:

yo la miro con ojos compasivos por lo mismo que el Rei la adora tierno:

él violento en amar pero zeloso, con violencia mayor siempre en su pe-

cho

es el odio mas fuerte que el cariño: vos no feis tampoco en el afecto

que siempre os ha mostrado; pues su enojo

por la misma razon será mas fiero: reflexionadlo bien de los soldados

vos teneis el favor, yo tambien cuento con socorro que callo por ahora,

hermano, creedme, y sin perder mas tiempo

hagamonos los dueños de esta plaza asi nuestro perdon conseguiremos,

sin que el padre à los hijos dé mas leyes que las que recibir quisieren ellos.

Jif. Yo se, Señor, ¿soy muy delincente: el caracter del Rei bien lo comprehendo;

y hai de mas contra mi todo el odioso delito de mi madre. Con todo eso

sin que el amor me obligue à ser injusto, quando mi padre viene, yo no tengo

mas armas que el respeto y la obediencia.

Pharn. Pues, Jifarés, cuidado, y à lo menos que mutua fè se guarde entre nosotros:

vos sabeis mi secreto, yo se el vuestro: el Rei que siempre es fertil en insidias,

todas nuestras palabras y conceptos al examen pondrá: ya su costumbre

debeis vos conocer, y quanto es diestro con afectadas perfidas caricias

en ocultar de su odio lo violento. En fin vamosle à vér, pues es preciso;

pero cumpliendo asi con el respeto, cuidado, hermano, no nos descubramos,

y nuestras culpas ambos sepultemos.

* * * *

* * *

* *

*

ACTO SEGUNDO.

SCENA I.

Monima y Phedima.

Phed. Aquí os estais, Señora, todavía, quando se acerca el Rey, y que con ansia van todos à la orilla à recibirle?
¿que es lo que haceis aquí? qual es la causa

que puede deteneros? por ventura no temeis ofender à un gran Monarca que os adora, y que casi vuestro esposo...

Mon. Todavía no lo es, Phedima amada, y mientras no lo sea, mi decoro solo debe esperarle en esta sala.

Phed. Mas no es este un amante como todos? pensad que es un gran Rey, que destinada

estais por vuestro padre à su Himeneo. Que su mano real con esa banda os dió ya de su fe prenda solemne, y que es dueño por fin de consagrarla en los altares siempre que quisiere: Creedme, Señora, pues, y sin tardanza id como todos van à recibirle.

Mon. Mira en que estado estoy! como insensenta

quieres que yo me muestre? vá este rostro

bañado en tantas lagrimas amargas y lejos de ir à verle, tu debieras decirme que de el siempre me ocultára,

Phed. Cielos! que me decis!

Mon. Vuelta funesta

que me quita la vida! ay desdichada! ¿como podré à su vista presentarme? llevando en mi cabeza su real vanda y acá en el corazon... Phedima mia, tu sabes la venganza que me mata.

Phed. Pues que? ¿volveis, Señora, à las angustias

¿en la Grecia os costaron tantas ansias? y el mismo Jifarés vuelve de nuevo à inquietar vuestra vida?

Mon. Mi desgracia es ahora mayor de lo que piensas.

En Jifarés entonces no miraba mas que un Principe lleno de virtudes, y cubierto de gloria la mas alta: Mas no sabia yo que este Heroe mismo encendido en la propia ardiente llama de mi estaba tambien enamorado.

Phed. Señora, qué decis! el os amaba? y este Heroe tan ilustre.

Mon. Es infelize, igualmente que yo soy desgraciada. El me adora, Phedima, y las angustias que aqui me destrozaban inhumanas, le atormentaban á el en otra parte.

Phed. Pero sabe el secreto de vuestra alma? sabe que vos le amais?

Mon. No, no Phedima, los Dioses sostuvieron mi constancia. Nada le di á entender. Le hablé de modo

que no ha podido conocer mi llama. Ah, ¿si supieras tu quanta violencia! quanto afán! quanta pena tan amarga sufrió mi corazon por resistirse

y el silencio guardar, quantas batallas! ¿qué combates en fin he sostenido!

Phedima mia, ya el valor me falta, y no quiero otra vez volver á verle á pesar de mi esfuerzo: si mirara

su dolor otra vez, yo no pudiera tal vez disimular mis tiernas ansias.

Es verdad que de poco le sirviera conocer mi pasión; porque tan cara le vendiera esta dicha à mi decoro, que mejor le estuviera el ignorarla.

Phed. Gente viene ácia aqui. ¿que haces Señora?

Mon. No me vean, partamos sin tardanza.

SCENA II.

Mitbridates, Pharnace, Jifarés, Arbates y Guardias.

Mit. Principes, no; vuestras razones todas vanas excusas son; pues à esta playa nunca debicrais dirigir los pasos, ni abandonar en tales circunstancias tu al Ponto, al Colcostu; cuia defensa

á los dos encargó mi confianza:
muy presto habeis creído de mi muerte
la nueva por mi mismo derramada.
Pero en fin vuestro Juez no es inflexible,
es un padre que tierno á los dos ama:
que desea encontrarlos inocentes,
y que al Cielo le dá rendidas gracias
de que nos haya aquí juntado á todos.
Aunque vencido estoy, y me amenaza
un misero destino; con todo eso
se ocupa mi valor, y ya prepara
un designio que es digno de mi esfuerzo:
después os lo diré: por ahora basta:
id y dexadme reposar un rato.

SCENA III.

Mithridates y Arbates.

Mit. En fin después de un año de tardanza
vuelve, Arbates, á verme. No como
antes,
aquel feliz y prospero Monarca
que turbaba de Roma los destinos.
Yo fui vencido: de una noche opaca
que dexaba al valor muy poco campo;
Pompeyo tomar supo la ventaja.
Mis tropas sorprendidas en desorden,
casi desnudas todas y sin armas,
entre si mismas ciegas combatian
con las obscuras sombras engañadas.
Los gritos y el retumbo de las rocas,
añadían horror á la batalla
de un combate funesto y tenebroso.
Todo en fin los terrores inspiraba.
¿Que podía el valor en aquel caso?
unos mueren allí, á otros los salva
precipitada fuga, y aun yo mismo
de la vida á la noticia falsa
que esparcí con cuidado de mi muerte.
Por esconderme á mi fortuna airada,
corrí desconocido todo el Faso
y de allí penetrando las montañas
que el Caucasó rodean, en navios
que en el Euxino prontos me esperaban
junté los restos del disperso campo.
Vé aquí porque suceso, que desgracia
al Bosforo he venido, donde veo
que otras nuevas la suerte me prepara.

Yo vuelvo, amigo, todavía lleno
de mi violento amor: mi voráz llama,
aunque mi corazón no se alimente
mas que de sangre, de furores y armas,
á pesar de la carga de sus años,
y del feroz destino que le ultraja,
va arrastrando consigo aquel incendio,
en que arde por Monima: mi cruel rabia
no conoce mayores enemigos
que á dos hijos ingratos que aquí halla.

Arb. ¿A dos hijos, Señor?

Mit. Amigo, escucha:

á pesar de lo ardiente de mi saña
á Jifarés distingo de su hermano,
y sé que del primero la grande alma
á mis leyes sujeta, el odio mismo
que yo conservo á Roma, también guar-
da.

Veo que su valor me justifica
de la afición con que mi pecho le ama,
se también con que arrojo quando supo
de su vil madre la traición villana
la corrió á desmentir, y que se expuso
á mil peligros con acción bizarra.
Así no creo ni á pensar me atrevo
que un hijo que está fiel me deshonrara.
¿Mas dime que motivo aquí los trajo?
por la Reina tal vez los dos se inflaman?
¿y á qual de ellos la Reyna corresponde?
¿yo mismo conque estilo debo hablarla?
responde; porque quiero antes de verla
que de todo me des noticia exacta:
dime lo que ha pasado: lo que has visto:
que has podido advertir; y porque causa
te has rendido.

Arb. Señor, habrá ocho dias
que Pharnace ha llegado á estas murallas
con veloz impaciencia, autorizando
de vuestra muerte la noticia infausta:
quiso en la plaza ser introducido,
yo no quise ceder á sus instancias,
ni aun hubiera creído sus noticias
si después Jifarés á su llegada,
mas que con su discurso, con su llanto,
no hubiera confirmado esta desgracia.

Mit. ¿Mas que hicieron en fin?

Arb. No bien Pharnace
se vió ya introducido en esta plaza
B
quien

quando corrió à la Reyna, y presuroso la explicó su voráz, y ardiente llama: la ofreció su himeneo, y con su mano atar en su cabeza la real vanda, que ya de vos tenia recibida.

Mit. El infame! el traidor! ¿sin que dejara que vertiera siquiera el llanto triste que debia à mi amor y mi constancia? mas su hermano:--

Arb. Su hermano, por lo menos no ha descubierto amor ni alguna trama,

y siempre imitador de su gran padre, solo respira ardor, ira y venganza.

Mit. Está bien: ¿mas qué causa, que motivo le ha conducido aqui?

Arb. Señor, la causa podreis saber despues.

Mit. Ahora la quiero: dila, responde, que tu Rey lo manda.

Arb. Señor, lo que mi zelo ha penetrado es, que el Principe cree que esta comarca despues de vuestros dias à él le toca, y que quizá temiendo aventurarla se fió en su valor, y aqui ha venido à apoyar su derecho con las armas.

Mit. Esto es lo menos que de mi se puede prometer su lealtad, si el Cielo aguarda à que un dia yo ordene de mi suerte. Ahora respiro, Arbate, yo temblaba (te lo confieso) tanto por un hijo que me es querido, y tiene prendas tantas

como por mi tambien, que en él temia perder todo mi apoyo y confianza, y verme precisado à pesar mio à combatir à sus virtudes raras.

Si Pharnace me ofende, este à mis iras solo ofrece un ribal de alma tan baja que secreto sequaz de los Romanos, y alucinado de su infiel alianza, nunca sino por fuerza se ha querido declarar contra Roma, y si inflamada en vil fuego Monima, en él coloca el amor que le debe à mi constancia, tiemble el reo que quiere seducirla: ¡ay de aquel desdichado que me ultraja! ¿mas lo ama ella?

Arb. Señor, viene la Reyna.

Mit. Justos Eternos Dioses! vuestra saña me escuse este dolor: haced piadosos que infelice no encuentre la desgracia que à buscar voy yo mismo: vete amigo, que la Reyna se acerca y quiero hablarla.

SCENA IV.

Mithridates y Monima.

Mit. Al fin, Señor, el Cielo me permite que á veros vuelva; y para que á mis ansias

se le temple el dolor al amor mio, os vuelve tan hermosa como amada.

Jamás imaginé que nuéstras bodas fuesen por tanto tiempo retardadas, ni que mi vuelta misera y funesta debiera presentar á vuestras plantas, mas que mi amor mis tristes infortunios: sin embargo, este amor tanto me halaga que me obliga á buscar entre otras mu-

chas, que pudiera excojer la retirada en donde vos estais; y si mi vuelta no es para vos, Señora, una desgracia; me serán dulces todas las que sufro; ya podeis entenderme; asegurada estais ya de mi amor y fe constante: yo en vuestra frente veo esa real vanda que os debe recordar de que sois mia. Vamos pues desde luego y sin tardanza, de nuestra fe se estreche el nudo, que la gloria á otro Clima ya me llama: así sin dilacion ser quiero hoy mismo vuestro esposo, y partir por la mañana.

Mon. Vos sois dueño, Señor, de mi obediencia, que solo vuestras ordenes aguarda. Los ilustres Autores de mi vida han querido ceder á su Monarca todo el poder que sobre mi tenían: yo debo obedecerle resignada.

Mit. De manera, que vos ya estais dispuesta á uniros en un yugo que os maltrata,

y al altar llegareis como infelice
victima al sacrificio destinada.

Yo entre tanto tirano de un afecto
que se presta á mi amor con repugnancia,
aun en el mismo tiempo que os posea,
nada os vendré á deber: ¿pensais que
basta

á Mithridates esto? satisfecho
con el poder de violentar vuestra alma
perderá la ambicion de complaceros?
finalmente (decidlo) ¿mis desgracias
me han hecho á tanto extremo despreciable?

pues, Señora, sabed que mi constancia
quando para emprender nuevas conquistas

no tubiera ya abiertas las entradas,
vencido sin socorro, sin estados,
yendo de mar en mar como pirata,
mas que como gran Rey, y manteniendo
por unico favor, por sola alianza,
de Mithridates el nombre, sabed digo,
que solo con mi nombre y con mi fama
del Universo fixaré los ojos:

que si es digno de serlo; no hay Monarca

que sentado en su trono no me envidie
por mayor que su gloria mi desgracia;
mi desgracia, á quien Roma y una guerra

quarenta años continuos prolongada
no han podido acabar, y vuestros ojos
de otro distinto modo me miraban,
si en vos misma viviera la memoria
de los hechos sublimes, las hazañas
de vuestros altos é inclitos abuelos:

á mas de esto, Señora, pues forzada
estais mi esposa á ser: no era mas noble
lo que es obligacion hacerlo gracia?
¿oponer vuestro amor, vuestras finezas
al destino que barbaro me ultraja?
y asegurarme en fin contra la triste
natural infeliz desconfianza,

que siempre sigue cruel á el infortunio:
pero qué? muda estais? ¿ni una palabra
teneis que responderme? ¿mis razones,
mis ruegos y mi amor, de vos no alcanzan,

mas que un mudo silencio? ¿en vez de
hablarme

procurando calmar mi mortal ansia,
¿he de ver que á pesar de vuestro esfuerzo

ya el llanto por los ojos se os derrama?
Mon. ¿Por mis ojos, Señor? no hay llanto
en ellos:

yo os obedezco pronta y resignada,
¿que no es esto explicarme claramente:
y no os basta, Señor?

Mit. No, no me basta:
ya os entiendo, Señora, ahora conozco
que me han dicho verdad; vuestras palabras
de confirmar acaban mis recelos:
veo que un hijo vil, un alma ingrata,
vencida del poder de vuestro encanto
os ha hablado de amor, y que vos
blauda

escuchais sus afectos insolentes;
tambien veo que os pongo por su causa
en funestos temores, pero poco
podrá gozar el vil de dicha tanta,
porque si aqui mis leyes se obedecen
no volvereis á verle. Há de mis guardias:

llamen á Jifarés.

Mon. Dioses, qué escucho?
á Jifarés?

Mit. Señora, qué os espanta?
bien sé que Jifarés no me ha ofendido,
y la amistad con que mi pecho le ama,
satisfecha está de él; asi es inutil,
que penseis en buscar disculpas vanas:
mucho menos seria mi verguenza,
y tambien vuestra culpa si inflamara
á vuestro debil pecho este hijo mio,
digno de estimacion, lleno de fama.
Pero que un vil traidor, que solo tiene
valor para ofenderme, en quien no se
halla

señal de honor, ni de virtud alguna:
que Pharnace por fin robado me haya
de vuestro corazon todo el afecto,
que él sea objeto de amor, y yo de sa-
ña:-

Mitbridates, Monima y Jifarés.

Mit. Ven hijo, ven, y mira que á tu padre

insulta otro hijo, pues con llama osada sus afectos compite, y le asesina: él adora á la Reyna, ella le ama, y en fin traidor un corazon me roba, que por fuerza á ser mio se consagra; harto dichoso yo, de que no debo acusar de pasión tan temeraria, sino al pecho traidor del vil Pharnace: si; amado Jifarés, que tu alma honrada de una madre y hermano los exemplos desmienta con conducta tan bizarra: tu eres, hijo querido, la persona en quien reposa toda mi esperanza; tu el que escoji por digno compañero, que serás heredero de mi casa, y sobre todo, de mi ilustre nombre: pero Pharnace, y mi ofendida llama no ocupan por entero mis ideas: un importante viaje que se abanza, los navios que deben aprestarse mis soldados en fin á quienes trata mi ardor de persuadir á que me sigan, me obligan á que ahora á verlos vaya: tu cuida Jifarés de mi reposo, impide las ideas temerarias de un contendor infame y alevoso: no dejes á la Reyna: por mí la habla: y hazla si puede ser menos opuesta al afecto de un Rey que la idolatra: desviala, hijo mio, de que intente hacer una eleccion poco acertada; pues imparcial en esto tus razones podrán mejor vencerla y ablandarla: en fin ya mi flaqueza he descubierto mas allá de lo justo: mas repara que ella puede formar esta ternura á que se cambie (que se yo) en cruel rabia, de que si acaso llego á arrepentirme será solo despues que esté vengada.

* *

Monima y Jifarés.

Jif. ¿Qué es lo que oigo, Señora, y de que modo

he de escuchar un orden que no alcanza á entender mi razon? podrá ser cierto que de un ribal la suerte afortunada su colera merece? y es Pharnace de tan fiero disgusto feliz causa?

Mon. Y qué es lo que oigo yo? divino Cielo! Pharnace? el vil Pharnace? ¿queno basta que en este dia fatal á mis deseos venga á quitarme toda la esperanza de esclava desgraciada del decoro, que la virtud y la razon me encargan? ¿Yo misma me sujete á eternas penas, sin que tambien á mi dolor se añada de un ultraje el baldon? que se atribuyan de Pharnace al amor mis tristes ansias: y que por fin, se quiera que yo le ame á pesar de las pruebas de mi saña? no me ofendo del Rey, su ira le ciega: ni él sabe los secretos de mi alma: pero vos, Jifarés? vos inhumano? vos tambien me tratais con tanta infamia?

Jif. Ay Señora! escuchad á un triste amante,

cuya razon perdida y conturbada vá á perder quanto adora en este mundo, y él de verle prohíbe la vengaza.

Mas Señora, mi padre se lamenta de que un feliz ribal su amor contrasta ¿quién es el venturoso delincuente de culpa tan felice como ingrata?

Mon. No queráis, Jifarés, atormentaros, sufrid vuestro destino con constancia, sin que aumentarlo procureis vos mismo.

Jif. Conozco los tormentos que me aguardan:

como si fuera poco que mi padre con la que adora á desposarse vaya; quiere tambien la suerte que yo sepa que á otro ribal vuestros afectos aman, que es el mayor dolor: mas ya es tan fiero

cl

el despecho funesto de mi rabia
que aumentarlo procuro: así, Señora,
decidme por piedad ¿qual es la causa
de vuestro llanto? ¿qué pasión amante
ha sido tan feliz, y afortunada
que ha logrado encenderos en su afecto?

Mon. ¿Tanto trabajo os cuesta adivinar-
la?

quando quise librarme de un insulto,
¿quien fué el recurso de mis tristes an-
sias?

¿a quien contra Pharnace di mis que-
jas?

¿qué amor en fin sin colera escuchaba?

Jif. O Cielos! yo seria ese dichoso?
apenas cabe tanto gozo en mi alma:
vos me habeis visto con benignos ojos?
¿vuestras lagrimas dulces, y adoradas
por mi han corrido?

Mon. Si: que ya no es tiempo
de usar de disimulo, y mis desgracias
sufren para callar mucha violencia;
sé que severa la virtud me manda
un estrecho silencio, y con todo eso
me determino à no ocultaros nada
por la primera vez y la postrera:
ha tiempo que me amais, y ahora os
declara

mi corazón, que desde el mismo tiempo
se ha encendido por vos en igual lla-
ma:

acordaos del dia en que mis pocos
encantos inspiraron en vuestra alma
un amor à que no eran acrehedores:
recordad el placer de una esperanza
que muy poco duró: la pena horrible
en que os puso la nueva no esperada
de haberme ya escogido para esposa
vuestro padre: la barbara inhumana
precision de perderme, y los rigores
de mi virtud à todo resignada:
vos no podreis, Señor, hacer recuerdo,
ni contar vuestras tragicas desgracias
sin que tambien conteis mi triste histo-
ria,

y quando estube viendo esta mañana
vuestras dolientes quejas en secreto,
mi pecho repitió vuestras palabras.

Inutil y aun funesta simpatia,
perfecta union que con crueldad tira-
na

la suerte à desmentido, porque el Cielo
quiso con necio afán que se juntaran
dos tristes corazones, quando impio
uno para otro no los destinaba;
porque à pesar, Señor, del visto afecto
en que solo por vos se enciende mi alma
os digo para nunca repetirlo
que mi gloria me impele, que me arrastra
à aquel altar donde mi labio debe
jurar eterna fé sobre sus aras.

Veo que vuestros ojos se enternecen:
tambien lloro; pero esta mi desgracia:
ya no soy mia, soy de vuestro padre:
y en esta idea que el honor me encarga:
me debeis sostener dandome auxilio
para arrojaros de mi debil alma.

Por lo menos espero que prudente
no me volvais à hablar de nuestras an-
sias;

ya os he dicho, Señor, lo suficiente
para que comprehendierdes podais con quan-
ta

razon debo imponeros ley tan dura.
Y pues que os hice confesion tan clara,
si me quereis probar que vuestro pecho
me ha querido con noble y pura llama,
solo lo lograreis por el empeño
que me hareis siempre ver en ocultarla.

Jif. ¡Ah que prueba de amor! Dioses eter-
nos!

¿cómo del colmo de una suerte fausta
paso al mayor abismo de desdichas?
qué Señora! ¿mi estrella afortunada
ha logrado inspiraros ese afecto?
yo he sido tan feliz? mi afición casta
ha interesado à vuestro amable pecho?
¿y vuestra mano à otro se consagra?
padre injusto y cruel: pero infeliz!
en fin vuestro rigor ahora me manda
que de vos huya siempre, y el Rey
quiere

que de vuestra presencia nunca parta:
Qué dirá pues?

Mon. No importa; obedecedme:
razon habrá para excusar la falta

de

de un Heroé como vos, este es el grande el esfuerzo supremo que se aguarda: todo lo que el amor mas industrioso, inspira á las pasiones ordinarias para hallar su placer, emplead altivo en huir de este amor que de mi fama puede ser un baldon, yo me conozco, y sin duda mi vida se arriesgara: ni toda mi virtud se atreve ahora à tener de su esfuerzo confianza. Yo sé que vuestra vista arrancar puede un indigno suspiro de mi alma: pero no menos sé que si depende de vos hacer que siempre me sea grata esta agradable y lisonjera idea; vos no me impedireis el que agraviada mi gloria de este amor no le castigue, ni que mi misma mano pronta vaya à arrancarle del intimo del pecho, lavando con mi sangre tan vil mancha. Pero qué ello que digo? en este instante que ultimo debe ser; siento en el alma un funesto placer que me detiene. Mientras os hablo mas, mas deseara (que debil soy) se fuera prolongando el peligro cruel que me amenaza: y de que mi razon huir procura; pero ya esta violencia es necesario, y sin que exponga en una despedida lo poco que me queda de constancia: à Dios, Señor, yo os huyo: haced lo mismo, y que vuestra obediencia resignada merezca todo el llanto que me cuesta.

SCENA VII.

Jifarés solo.

Jif. Ay Reyna! mas veloz de mi se aparta: infeliz Jifarés, ¿que hacer pretendes? consigues ser amado y la que te ama es la que te abandona? mas ya mueras, que su deber y el tuyo te lo mandan: corramos pues; y hallemos en la muerte el fin de tanta misera desgracia. Mas primero observemos à Pharnace, y si por fin debiere desposarla uno de los ribales; mi respecto solo dará à mi padre esta ventaja.

ACTO TERCERO.

SCENA I.

Mithridates, Jifarés, y Pharnace.

Mit. Venid, hijos, que ya ha llegado el tiempo en que voy mis designios à esplicaros, pues que para emprenderlos solo falta que à los dos los declare: ahora escuchadlos. Yo fugitivo estoi, así lo quiere la crueldad enemiga de mis hados: mas vosotros sabeis muy bien mi historia para pensar que tiempo dilatado quiera en este desierto estar oculto, ni esperar q me busquen mis contrarios: la guerra tal vez tiene sus favores, y tal vez sus desgracias; al Romano engañé muchas veces con la fuga, fingi retroceder para buscarlo; y mientras Roma à su soberbio pueblo junto à un carro triunfal tenia ocupado, mientras grababa en el acero duro sus debiles ventajas, arrastrando por sus calles la imagen de mis Reynos que à su poder creía avasallarlos; el Bosphoro me vió con imprevistos, con rapidos aprestos, ir sacando de sus pantanos barbaros è incultos al terror; y que hechando à los Romanos del Asia sorprendida en un momento desacia de un año sus trabajos: los tiempos se han mudado, y es preciso que se mude mi idea: fatigado ya el oriente con guerras tan continuas no puede sostener esfuerzos tantos. Mas que nunca se miran sus campañas desoladas llenas de Romanos, à quienes nuestra perdida enriquece à estos usurpadores nunca sacios de los bienes de todas las naciones: atrae à unos confines tan lejanos, de los tesoros nuestros la noticia

y el terreno natal abandonando
 á nuestra patria barbaros inundan.
 Yo solo les resisto ; á mis aliados
 cansados , ú oprimidos ya les pesa
 de mi amistad funesta el triste cargo:
 ya Pompeyo está solo con su nombre
 de cualesquier conquista asegurado:
 es el terror del Asia. Y así lejos
 de quererle buscar , á Roma vamos.
 Roma es adonde yo marchar pretendo;
 veo que este desguio os causa espanto,
 y pensareis quizá que me lo inspira
 un despecho atrevido y temerario:
 os disculpo el error porque es difícil,
 que estos proyectos sean aprobados
 sin ser dichosamente concluidos.
 Pero no os figureis que nos hallamos
 separados de Roma con eternas
 invencibles barreras, ni que al cabo
 está del universo ; yo sé todos
 los caminos que allá deben guiarnos:
 y si una pronta muerte mis designios
 no viene á interrumpir en el espacio
 de tres meses no mas , os aseguro
 que al pie del Capitolio he de llevaros:
 ¿dudais que navegando en el Euxino
 en dos dias no llegue á los estados
 en que el Danubio acaba su carrera?
 ¿y que el Scita mi afecto , y fiel aliado
 no me abra las entradas de la Europa?
 acogido en sus puertos , nuestro campo
 crecerá por instantes con sus tropas:
 los Germanos , Panonios , y los Darios
 todos un Gefe esperan que consiga
 de tanta tirania libertarlos.
 Ya sabeis como excitan mi venganza
 los fieros Españoles y los Galos:
 contra los muros de que fueron dueños;
 mi perez la Grecia está acusando
 por sus Embaxadores : todos saben
 que este feroz torrente sanguinario
 al mundo inundará , si á mí me arrastra.
 Así queriendo redimir su estrago,
 vereis que en el camino son mi guia,
 y que á Italia siguiendo van mis pasos:
 allí se encuentra mas que en otra parte
 un espantoso horror contra el Romano,
 y vereis á la Italia que aun humea

con la llama de aquel fuego incendiario,
 que excitó por guardar noble y briosa
 su libertad que vió ya vacilando.
 No , hijos míos , no es solo en los con-
 fines
 del mundo donde Roma ha recargado
 el peso de sus barbaras cadenas,
 que inspirando de cerca odios mas altos
 sus mas crueles y fieros enemigos
 á sus puertas los tiene muy cercanos.
 Si por libertador han escogido
 á un spartano que era vil esclavo,
 infame gladiador ; con que osadia,
 con que aliento tan noble y tan bizarro
 se vendrán á alistar en las vanderas
 de un victorioso ilustre soberano,
 que hasta el gran Ciro cuenta sus abue-
 los,
 y que al honor aspira de vengarlos:
 ¿cómo pensais hallar de Roma el suelo?
 exausto de legiones : que empeñado
 en oprimirme á todos sus guerreros
 ha enviado á este confin ; ¿y que entre
 tanto
 que ellos en perseguirme aquí se ocupan
 quando aquí tienen todos sus soldados
 me detendrán sus hijos y mugeres?
 marchemos pues : y con resuelto paso
 llevemosle la guerra , que su furia
 á los estremos de la tierra ha enviado:
 vamos á combatir en sus murallas,
 á estos conquistadores inhumanos
 que tiemblen una vez por sus hogares:
 Anibal lo ha predicho , declarando
 que los Romanos no serán vencidos
 sino en la misma Roma : allá pues va-
 mos;
 en su vertida sangre la anegemos,
 y el Capitolio infame destrozando,
 deshagámos la afrenta de cien Reyes:
 borremos con las armas en las manos
 todos los nombres que la altiva Roma
 á una ignominia eterna ha consagrado:
 este es , queridos hijos , el deseo,
 y la sola ambicion de mi conato.
 Pero no imagineis , que quando ausente
 debo yo estar de el Asia , á los Romanos
 deje que la posean quietamente;

ya

ya les he prevenido un gran contrario: pues quiero que rodeada de enemigos llame á Pompeyo á su socorro en vano: en ser el subcesor en mis furiosos ha consentido ya el invicto Parto; se une conmigo en odio y en familia, y por esto á pedir me ha enviado un hijo para yerno: á ti Pharnace, este sublime honor está aguardando. Anda pues á obtenerle, y sin demora vé á ser de su hija esposo afortunado. Yo quiero que la Aurora de mañana descubra al levantarse ya cortando mis naves á las ondas: y pues nada tienes que hacer aquí, vé sin retardo: merece con tu pronta diligencia mi eleccion y concluye este contrato: quando á pasar por el Eufrates vuelvas el Asia vea en tu animo gallardo un Mithridates nuevo, y que la fama tus heroicas hazañas publicando, siga mis huellas, y me alcance en Roma.

Pharn. Señor, no se ocultar mi grande espanto:

atonito hos escucho este designio: yo lo admiro, Señor, nunca mas alto, mas digno pensamiento poner pudo las armas de un vencido entre las manos;

sobre todo, me asombra vuestro invicto

ardiente corazon nunca cansado, que parece recobra nueva fuerza á pesar del destino y de los años.

Mas no obstante, Señor, (si acaso puedo

hablar con libertad) ¿os veis forzado á recurrir á paso tan extremo?

¿Porque haceis en países tan lejanos un inutil esfuerzo, si aqui mismo vuestros Reynos os dán asilos tantos? ¿porque habeis de correr tantos peligros?

¿porque quereis sufrir tantos trabajos dignos solo de un Jefe de vandidos. no de un grande glorioso Soberano que veia sus leyes respetadas, que fundaba su Reino en treinta Estados,

y cuyas ruinas mismas son ahora un Imperio florido y dilatado? ¿pero despues de todo, ¿estais creyendo que son Heroes, Señor, vuestros soldados?

¿pensais que sus vulgares corazones que no desean ya sino el descanso despues de una derrota, y una fuga quieran ahora pasar á Cielo extraño á buscar una muerte desastrada? ¿si son vencidos en el suelo patrio podrán resistir mas en suelo ageno de un vencedor furioso los asaltos? ¿acaso les será este menos fiero, quando en el patrio muro esté cerrado, y combata á la vista de sus lares? ¿decir tambien que os solicita el Parto, y os ha pedido un hijo para yerno: ¿pero este Parto que era nuestro aliado, quando todos estaban por nosotros, se dignará, Señor, de hacerse cargo de un yerno sin apoyo? ¿iré yo mismo á presentarme humilde y consternado, hecho el oprobrio de la suerte injusta á probar la constancia de los partos, y tal vez á exponer poco prudente por fruto de un designio aventurado vuestro nombre al desprecio de su Corte?

y por fin, si ceder es necesario, si contra el uso nuestro es ya preciso del ruego á la bajeza sujetarnos, sin que yo vaya suplicar humilde, y sin que vos, Señor, á Soberanos menos grandes que vos pidais socorros, ¿no tendremos caminos mas honrados? busquemos á los mismos vencedores, vamonos á arrojar entre los brazos, que con gusto, y abiertos nos esperan: los furiosos de Roma apaciguados facilmente podrán:-

Jif. Cielos, de Roma?

¿qué es lo que proponeis, querido hermano?

¿quereis que el Rey se abata y envilezca,

que desmienta en un dia todo el lauro de su gloriosa vida: que se fu

de

de los injustos pérfidos Romanos,
y que reciba un yugo vergonzoso
de que por ocho lustros continuados
á los Reyes de Asia ha defendido?

no Señor, continuad, que aunque del
hado

sentis todo el rigor, vuestra esperanza
vencerá de la guerra los acasos.

Roma persigue en vos á un enemigo,
para ella mas fatal, de mayor daño
que lo ha sido Anibal, ni fuera cuerdo
estando con su sangre salpicado,
esperar de su alevé tiranía

mas que falsos y pérfidos engaños.

Mas, Señor, no es razon que á otros
peligros

vuelva á exponerse vuestro heroico bra-
zo:

vos no debeis correr de clima en clima,
ni á sus varias naciones ir mostrando
al grande Mithridates ya vencido:

sin tardanza, Señor, debeis vengaros;
quemad el Capitolio, y en cenizas
ponga á Roma voráz fuego incendia-
rio.

Pero mandad que lleven aquel fuego
otras manos mas juvenes; y en tanto
que á Pharnace tendrá ocupado el
Asia;

honradme á mi, Señor, con este cargo:
vuestras ordenes dad, y permitidnos
que de vuestro alto nombre acompaña-
dos

hagamos ver que somos vuestros hijos:
dignaos de enviar por nuestras manos
este incendio que abrase á todo el mun-
do:

y sin salir del Bosforo en que estamos
ocupad la extension del Universo:

que estrechos y oprimidos los Romanos
desde un extremo al otro de la tierra,
siempre con vuestras armas fatigados
no sepan donde estais, y siempre os
hallen:

si lo mandais, en este instante parto:
las razones que deben deteneros
á mi impeler me deben; y si acaso
excede á mi valor tan alta empresa

conviene á mi despecho: quiera el hado
que así consiga el fin de mis dolores.

Yo iré; yo borraré con este brazo
la culpa de mi madre: aquí me pongo,
Señor, á vuestros pies avergonzado
de mirarme hijo indigno de tal padre;
lavar debe mi sangre el vil reato
de tan odiosa mancha: mas yo busco
una muerte que sirva á vuestro láuro:
y Roma está mejor, mas digna tumba
para un hijo desceoso de imitaros.

Mit. No hablemos, hijo mas de los delitos
de una madre traidora que he olvidado:
de ti estoi satisfecho: sé tu zelo,
ni puedes padecer algun quebranto
que no padezca yo; ven tu conmigo,
porque ya nada debe separarnos:
tu Pharnace disponte á obedecerme:
los navios te quedan esperando,
y el sequito que debe acompañarte.
Arbate irá contigo, y le he mandado,
que de todo me informe por extenso:
anda pues, hijo, y siempre recordando
el honor de tus inclitos abuelos:
por despedida ven: dame los brazos.

Pharn. Señor.

Mit. Ya oisteis lo que tengo dicho:
obedece, Pharnace: no mi labio
te repita las cosas muchas veces.

Pharn. Si fuera menester para agradaros,
me veriais mas firme que ninguno
á la muerte correr precipitado:
permitidme á lo menos que yo muera,
Señor, á vuestros ojos peleando.

Mit. Ya te ha dicho mi voz que partas
luego,
y pasando este instante: vé volando:
si me replicas mas estás perdido.

Pharn. Señor, aun que ya viera prepara-
dos

mil terribles suplicios no pudiera
resolverme á partir, ni á dár la mano
á una muger que nunca he conocido:
en lo demás á todo resignado:-

Mit. Ah vil! aquí mi saña te esperaba:
tu no puedes partir? pérfido! ingrato!
ya te entiendo, y conozco las razones
porque estás la partida reusando.

C

Sien

¿Sientes abandonar tu vil conquista?
 Monima te detiene; y tu malvado;
 tu delincuente amor, vil pretendia
 quitarmela à mi mismo de los brazos.
 Ni el ardor con que sabes que la adoro,
 ni este sagrado asilo en que la guardo,
 ni mi corona ya en su frente puesta,
 ni en fin de mis furores el estrago
 han podido traidor intimidarte:
 vil! infame! tus pérfidos contratos
 con el Romano no te han parecido
 bastante prueba de tu desacato.
 Has querido tambien juntar ahora
 este barbaro amor, amor insano
 para ser el oprobio de mis dias.
 Lejos de arrepentirte estoy mirando
 en tu pérfido rostro mil señales,
 que mas que tu rubor muestran tu en-
 fado;
 y ya quisieras irte por perderme,
 y entregarme traidor à los Romanos:
 pero antes de partirme haré justicia.

SCENA II.

Mithridates, Pharnace, Jifarés y Guardias.

Mit. Ola, Guardias, prendedle, y custodiadlo

en una obscura torre, que de vista
 nunca puedan perderle mis soldados.

Pharn. Y bien, Señor, sin afectar ahora
 una falsa inocencia, yo os declaro
 el que mi amor merece vuestra saña:
 yo la adoro, es verdad, yo la idolatro,
 y os dieron de mi amor aviso cierto:
 mas todo Jifarés no os lo ha contado:
 esa es la menor parte de un secreto
 que pudo descubrirnos su fiel labio:
 debió decir tambien que él igualmente
 sintiendo el propio ardor, ha tiempo
 largo que ama à la Reyna, y es correspon-
 dido.

SCENA III.

Mithridates y Jifarés.

Jif. Señor, creereis de mi que tan osado
 sea mi amante afecto:--

Mit. No, hijo mio;
 ya conozco el vil genio de tu hermano:
 el Cielo me preserve, de que nunca
 pueda yo sospechar que tan mal pago
 quieras dár à mis muchos beneficios:
 que un hijo que fué siempre el dulce en-
 canto,
 el placer de mi vida ahora traspase
 el corazon que un padre le ha confiado.
 No, yo no lo creeré: anda pues, hijo,
 prepárate à seguirme, que ya parto.

SCENA IV.

Mithridates solo.

Mit. No, yo no lo creeré? ¿vana esperanza
 que lisonjearme quiere! ¿demasiado
 lo creen tus zelos, triste Mithridates!
 Jifarés mi rival! ¿y à sus halagos
 corresponde la Reyna! así me engañan?
 ¿qué es esto Santo Dios! ¿por todos la-
 dos

veré que para mi desaparecen
 el honor, y la fe de los humanos?
 en otras partes todo me abandona,
 ¿y aqui me hace traición quanto yo
 amo?

Pharnace, mis Amigos, mi querida,
 y aquel hijo tambien? ¿el hijo amado
 cuya virtud sublime consolaba
 mi misero infortunio? pero ¿qué hablo?
 ¿no conozco yo al pérfido Pharnace?
 ¿qué imprudencia es la mia? debo acaso
 dár fe tan de ligero à este furioso
 que tiene vil envidia de su hermano,
 y que ya desechado fingir quiere
 que hay otros reos por ponerse en salvo?
 No, no creamos nada. Examinemos,
 y miremoslo todo muy despacio.
 Mas como he de empezar? ¿quien podrá
 darme

para instruirme los medios necesarios?
qué testigos? qué indicios? ¿que pruebas
me pueden alumbrar en este caso?
ahora me inspira el Cielo un artificio.
Que se llame á la Reyna: de su labio
lo pretendo saber: este testigo
es el mejor; que un pecho enamorado
cree facilmente aquello que le adula.
¿Quien mejor que la ingrata de mi agravio
me puede luces dar? pues que ella misma
me descubra engañada á este malvado,
y si de mi no es digno este artificio,
á lo menos lo es de ellos: seamos falsos
con quien traición nos hace tan horrible,
que para descubrir su infame trato,
medio no debe haber... pero ya viene;
finjamos, y su pecho lisonjeando
con agradables falsas esperanzas,
con una astucia la verdad sepamos.

SCENA V.

Mithridates y Monima.

Mit. Señora, ya mis ojos se han abierto,
y me hago mas justicia: veo claro
que es haceros un triste sacrificio
el querer presentaros por mi mano
toda la edad, y todas las desgracias
que mi suerte infelice va arrastrando.
Otra vez la fortuna y las victorias
podian ocultar mi pelo cano,
con el claro esplendor de mis coronas,
pero pasó ese tiempo, y se ha mudado.
Era entonces Monarca victorioso,
y ahora estoy fugitivo. De mis años
ya el numero es mayor, y mi semblante
de tanta real diadema despojado,
dexa ver sin estorvo los ultrajes
del tiempo que lo ha ido marchitando.
Por otra parte mil designios graves
ocupan mi atencion. Ya de mi campo
escuchais el rumor, con que veloces

están nuestra partida procurando.
De mis navios he salido apenas,
y es fuerza que otra vez vuelva á ocuparlos;
¿qué tiempo tan impropio el de una fuga
para hacer una boda! y como osado
pretender os unais á mi destino,
quando muertes y guerra estoi buscando!
Mas, Señora, es preciso que en Pharnace
no vuelva ya á pensar vuestro cuydado:
quando yo mismo á la razon me rindo,
que cada uno se rinda es necesario.
Y no quiero que un hijo aborrecido,
que poco ha para siempre he desterrado,
logrando aqueste amor de que me privo,
os haga ser aliada del Romano.
Mi trono os he debido, lo conozco;
y lexos de que de él quiera privaros,
á él os haré subir antes que parta,
si os dignais de aceptar otra fiel mano,
si consentis que un hijo objeto digno
de mi amor, mas ferviente y empeñado,
que Jifarés en fin ser consiguiendo
vuestro esposo, me vengue de su hermano,

y á mi tambien con vos me desempeñe.
Mon. Quién? Jifarés, Señor?

Mit. Si; mi hijo amado.

¿Porque os turbais al escuchar su nombre?

¿hallais que mi designio sea extraño?

¿por ventura lo veis con algun odio?

¿qué no podeis vencer? pues yo os des-
claro,

que Jifarés es otro Mithridates,
que es un hijo sumiso á quien yo amo,
de Roma el enemigo mas terrible,
héredero y apoyo de este estado,
y de un ilustre nombre que en él nace,
asi á pesar de los intentos vagos,
que lisonjear á vuestro amor pretendan;
yo no os puedo poner en otras manos.

Mon. O Cielos! ¿qué decis? será posible
que querais permitir... pero ¿qué hago?

¿porque quereis, Señor, así probarme?
tened piedad; no deis tormento tanto
à una infeliz muger: yo sé que solo
el Cielo para vos me ha destinado,
que la victima espera en los altares,
y debe unirnos un eterno lazo.

Así vamos, Señor.

Mit. En fin ya veo

que à pesar de la fuerza que me hago,
os quereis conservar para Pharnace,
y que el odio cruel, odio tirano,
conque me vé vuestra alma, por el pa-
dre

está tambien al hijo detestando.

Mon. Yo lo detexto? ò Dios!

Mit. Pues bien, Señora,

à hablar en el asunto no volvamos;
seguid ardiendo en tan indigna llama;
que Jifarés y yo luego nos vamos
à buscar en los terminos del mundo
una gloriosa muerte. Vos en tanto
quedados con Pharnace en este sitio,
y vendedle tambien à los Romanos,
de vuestro padre la infelice sangre,
que yo no puedo mas castigo daros;
y así sin cuidar mas de nuestra gloria,
à vos misma resuelvo abandonaros,
y si puedo, poneros en olvido.

Vamos, Señora, pues, porque casaros
quiero en este momento con Pharnace.

Mon. Primero me castigue el Cielo airado
con mil horribles y espantosas muer-
tes.

Mit. Ya eso es inutil: resistis en vano,
pues que conozco el disimulo vuestro.

Mon. ¿A qué difícil y terrible paso
me reducis, Señor! mas finalmente
quiere mi buena fe credito daros:
ni puedo imaginar que tanto tiempo
deba forzarse un grande Soberano
à fingir de este modo: el Cielo sabe
que sin mas ambicion que el agradaros;
mi alma estaba à su suerte abandonada,
y si alguna flaqueza habia logrado
inquietar mi virtud, no era Pharnace
el que podia merecer mi llanto.

Ese hijo sometido y victorioso
que vos favoreceis, ese traslado,

tan parecida imagen de su padre,
ese ardiente enemigo del Romano,
ese otro Mithridates, finalmente
el mismo Jifarés que vuestro labio
pretende persuadirme à que yo le ame:--

Mit. ¿Y bien le amais?

Mon. Señor, quando los hados
no me hubieran piadosos sometido
à vuestro solo Imperio Soberano,
me creyera felice, si mi esposo
me fuera permitido apellidarlo:
antes que vuestro amor me remitiese
esta real Diadema ya inflamados
nosotros en amor: ¿pero que es esto,
Señor? ¿vuestro semblante se ha altera-
do?

Mit. No, Señora. Está bien; haré que en
breve

à veros vaya, y ahora es necesario
no perder un instante. Ya dispuesta
os veo à obedecer este mandato,
y esto solo me basta: estoi contento.

Mon. Divino Cielo! me habré yo enga-
ñado?

SCENA VI.

Mithridates.

Mit. Ellos se amaban? perfidos traidores
vé aqui como de mi se están burlando.
Pero hijo, ingrato y vil, hijo alevoso!
yo daré à tu traicion un digno pago;
tu morirás. No ignoro que tu fama
y tus falsas virtudes han logrado
mis tropas seducir; pero no importa:
mi golpes sabrán ir bien acertados;
haré que de aqui partan tus sequaces
valiendome de algun pretexto falso,
y que solo me queden tropas fieles:
vamos pues, y con artes ocultando
mi justa indignacion, disimulemos
del mismo modo que hemos empezado.

ACTO CUARTO.

SCENA I.

Monima y Phedima.

Mon. Phedima mia, en nombre de los Dioses

ház lo que te he pedido: vé allá fuera á saber lo que pasa, y vuelve presto.

Yo no sé, pero mi alma siempre inquieta,

no puede sossegar, y me destrozan este pecho infeliz muchas sospechas.

¡Quanto el Principe tarda! ¿porque ahora

no viene á verme, quando ya tolera sus deseos el padre? este me dixo

al tiempo de partir que á mi presencia haria que viniese en un momento.

Pero quizá ha fingido, y yo debiera ocultarselo todo... mas que digo?... el Rey ahora fingiendo?... y yo indis-

creta

descubriendo mi oculto pensamiento! Dioses! ¿será verdad lo que recela

mi triste corazon? ¿será posible que mi pasión muy facil y ligera

haya podido torpe, è importuna, sacrificar mi amante á su violencia?

¡ay Principe querido! quando ardiendo en la llama mas pura, en la mas bella,

querias arrancarme mi secreto,

le he sabido ocultar con entereza,

¿y ahora que tu padre cauteloso porque ya desconfiado cruel me prueba,

ahora que tu vida está en peligro, yo le descubro facil mi terneza?

¿yo me dexo engañar credulamente?

¿y paraque sin furia mejor viera con mi mano tu pecho le señalo?

Phed. Ah! no le hagais, Señora, tanta ofensa:

¿un Rey tan grande puede envilecerse descendiendo á tan perfida bajeza?

¿como él fuera á fingir tan vil engaño? él mismo vió que ya pronta y dispuesta le ibas acompañando á los altares

Ni á un hijo á quien estima con terneza,

querrá perder tirano; los efectos corresponden ahora á las promesas.

El os dijo, Señora, que un designio muy grave le obligaba á que por fuerza

se ausentase de vos por la mañana,

sin duda esto le ocupa, y ahora abre-

via los aprestos del viaje que apresura,

y que en la playa por si mismo ordena; dispone que se embarquen sus soldados,

y Jifarés le ayuda en sus faenas:

¿es esta la conducta de un furioso, de un rival enemigo que desea

vengarse de los dos? ¿en esto hai algo que desmentir á sus discursos pueda?

Mon. Pero Pharnace todavia preso. En él halla el rigor y la dureza

de un furioso rival: ¿crees tu, Phedima que trate á Jifarés de otra manera?

Phed. En Pharnace, Señora, no castiga sino la infame perfida cautela,

con que es traidor sequaz de los Romanos,

sin que parte el amor en esto tenga.

Mon. Amiga, yo me rindo á tus razones, ellas calman un poco la tormenta

que mi pecho padece, mas con todo Jifarés aun no viene á mi presencia.

Phed. Vano error de los míseros amantes,

que llenos de su amor y su terneza, quieren que todo ceda á sus placeres,

y encendiendose en colera violenta al estorvo menor...

Mon. Pero Phedima! ¿quien podrá concebir esta estrañeza?

que, ¿despues de dos años de congo-

xas, de disgustos y de ansias tan severas, por la primera vez respirar puedo?

que, Jifarés? ¿será verdad que sea ya tuya para siempre? ¿y sin el susto

de que tu vida con mi amor se arriesga? mi virtud y la tuya aprobar pueden

este amor que ha sufrido tantas penas, y ya podré por fin siempre decirte

quan-

quanto te adora mi pasión extrema;
¿pero porque motivo tardas tanto?

SCENA II.

Monima, Jifarés y Phedima.

Mon. Señor, de vos hablaba, pues que inquietaba

deseaba que vinieseis por deciros...

Jif. Y yo, Señora, por la vez postrera, me vengo á despedir.

Mon. A despediros?

Jif. Y para siempre. El hado así lo ordena.

Mon. ¿Qué es lo que oigo? poco ha que me decían...

pero ay! temo que todo engaño sea.

Jif. Yo no sé que enemigo descubriendo de nuestras almas la pasión secreta nos vendió, y me ha perdido. El Rey que solo

de Pharnace tenía las sospechas, sabe ya quanto pasa entre nosotros:

el finge, me acaricia y lisongea, pero yo que criado de continuo,

y desde mi niñez le he estado cerca; conozco sus internos movimientos,

ya en sus ojos he visto su violencia; él se apresura, y hace diligente

partir á mis parciales, que pudieran excitar un tumulto por mi causa,

y lo que mas á mi animo consterna, fué una palabra que me dixo Arbate.

Este amigo en secreto á mi se llega, y me dice: Señor, todo se sabe;

procuraos salvar con diligencia:

me hace temblar discurso tan terrible, por el peligro de mi amable Reyna,

y por esto he venido á suplicaros que cedais al destino por vos mesma.

Aquí estais dependiendo de una dura, de una violenta mano, á quien no arre-

dra la sangre mas querida: ay! yo no puedo

deciros á que extremo de fiereza

arrebatan los celos á mi padre:

permita el Cielo que de su ira ciega yo sea objeto solo, y que contento, con hacerme morir juraros quiera: dignaos de admitir este consejo: no le irriteis con esquivaces nuevas: quanto menos le amais, es necesario que mas se esfuerze vuestra complacencia:

violentaos; pensad en que es mi padre, y vivid venturosa, que no anhela mi corazon sino á que mi desgracia, solo os pueda costar lagrimas tiernas.

Mon. Ay Principe infeliz! yo soy la causa...

Jif. No os imputeis, magnanima Princesa, el barbaro destino que me oprime con ira tan tenáz y tan violenta.

Yo soy un desgraciado á quien persigue una suerte infeliz, que siempre terca la amistad de mi padre me ha robado, que lo ha hecho mi rival, y quien severa

me ha sucitado un enemigo oculto, que descubriendo nuestro amor nos pierda.

Mon. Y que, ¿no conoceis al enemigo que nos ha descubierto?

Jif. Porque crezca mi tirano dolor, no le conozco: pues yo me consolára si pudiera antes de fallecer traspasar fiero el corazon infame, la vil lengua que nos hizo traicion tan detestable.

Mon. Pues bien, Señor, es justo que yo mesma

os lo haga conocer: no esté buscando ese vil corazon vuestra impaciencia: el mio traspasad: ningun respeto os debe detener: yo soi la rea, yo soi ese enemigo; y á mi sola debe el castigo dar la saña vuestra.

Jif. Qué decis?

Mon. Ay Señor, si hubierais visto con que arte seductor, con que destreza vuestro padre á mi amor ha sorprendido;

¡qué amistad tan ferviente y tan sincera

supo por vos fingir! como me dixo
que su alma quedaria muy contenta
si pudiera por fin veros mi esposo:
¿quien no lo hubiera creído? quien no
hubiera...

pero no: que mi amor mas advertido
no debia finarse en la cautela
de su bondad aleve y engañosa.

Los Dioses que me vieron con clemen-
cia,

y que yo entendí mal, con sus avisos
tres veces contubieron á mi lengua:
yo debia seguir del mismo modo,

yo debia prudente y circunspecta...
que sé yo? finalmente yo debia
seros menos fatal, menos finesta;

ni cruel facilidad os ha perdido,
y quando vos me perdoneis la ofensa,
yo sabré rigurosa castigarme.

Jif. Qué, Señora, sois vos? vuestra fi-
neza

es la que me descubre: vuestro afecto,
nuestro amante secreto manifiesta,
¿y os disculpais de hacerme tan felice?

mi alma llena de amor, de gloria llena,
irá á morir sabiendo consolada
que os guia al solio suerte mas risueña.

Haced pues voluntario este himeneo,
y elevaos al trono que os espera.

Mon. ¿Y vos me aconsejais que me despo-
se

con un tirano que mi muerte ordena?

Jif. Hoy mismo á sus deseos sometida,
ibais á ser su esposa, muy resuelta
á no volverme á ver.

Mon. Si, pero entonces
no conocí sus perfidas cautelas:

¿quisierais que despues de haberos visto
hecho despojo de su saña fiera,
yo siguiese á ese monstruo á los alta-
res?

¿y que mi triste mano á poner fuera
en su mano cruel que todavia
viera teñida con la sangre vuestra?

dexad eso, Señor, y cuidad solo
de evitar de sus iras la violencia
sin perder aqui el tiempo en persuadir-

me:

el partido que mi alma tomar deba
me lo sabrá inspirar piadoso el Cielo.
Ydos pues: que el tirano no os sorpren-
da

conmigo... mas qué escucho? gente vie-
ne;

salid presto, corred, y no resuelva
vuestro amor sin saber de mi destino.

SCENA III.

Monima y Phedima.

Phed. De qué riesgo, Señora, ha estado
cerca

el Rey es el que viene.

Mon. Anda, Phedima,
anda á ayudarle, y que ninguno vea
que ha salido de aqui: no le abandones,
y dile, amiga, tu, que hasta que sepa
de mi suerte, no ordene de la suya.

SCENA IV.

Mithridates y Monima.

Mit. Vamos, Señora, vamos con presteza,
que debe apresurarse mi partida,
y en tanto que mis tropas ya dispuestas
á seguir á su Rey en mis navios,
embarcandose van con diligencia;
venid vos al altar que ya os aguarda,
donde cumpliendo todas mis promesas
nos ate al fin amor con lazo eterno.

Mon. ¿A nosotros, Señor?

Mit. ¿Y qué estrañeza
os debe eso catisar?

Mon. ¿Pero ahora poco
no me ha explicado vuestra boca mes-
ma,
que no pensase mas en esta boda?

Mit. Tube entonces razones que ya cesan.
Asi solo mirad que vuestra mano
es mia, y de mi amor debida prenda.

Mon. Pues Señor, ¿paraque me la habeis
vuelto?

Mit. Y que, siempre obstinada, siempre
terca

en el indigno amor de un hijo ingrato.

Mon. No es posible, Señor, que lo comprenda;

¿por ventura me hubierais engañado?

Mit. ¿Y cómo vos me hablais de esa manera?

vos que infieles favores fomentando,
quando os elevo à la mayor grandeza
me pagais esta accion con prepararme
la traicion mas infame, y la mas negra
alma perjura y falsa, conjurada
contra mi gloria mas que Roma entera.
Que, ¿ya no haceis memoria de que al-
tura

ha dignado bajarse mi terneza
para elevaros à un sublime trono
que vuestra vista deslumbrar debiera?
no me mireis, ingrata, solamente
como ahora estoi sin Reynos, ni rique-
zas;

vedme como antes grande y respetado.
Acordaos del ansia y pasion tierna,
con que en Epheso os quise, y como
supe

poner á vuestros pies muchas Diademas.
Ah, tirana! si os hizo desde entonces
insensible á mi amor y á mis promesas,
otro amor mas feliz, ¿porque motivo
aceptasteis benigna mis ofertas?

¿porque antes de partir habeis callado?
¿esperabais acaso que no hubiera
mas que á vos que pudiera consolarme,
y quando quiero que en sus sombras
negras

el olvido sepulte estas injurias,
quando intentó ocultarme esta funesta
y dolorosa imagen, ¿vos altiva
venis á recordarme mi vergüenza?
¿vos me acusais, y soi el ofendido?
pero ya viendo estoi que os lisongea
una loca esperanza todavia.

Santo Cielo! á que extremo de miseria
me reduces: ¿qué encanto ha detenido
mi indignacion, que siempre es tan se-
vera

tan rapida y feroz en el castigo?
Señora, aprovechad de la clemencia
que os ofrece mi amor: al altar vamos,

que ya os lo digo por la vez postrera.
No os expongais á inútiles peligros
por un hijo insolente. Y estad cierta
no volverá á ponerse á vuestra vista.

Asi sin obstinaros tan proterva
en guardarle una fé que me es debida;
su memoria olvidad: y el alma vuestra
sensible solamente al amor mio,
merezca ya el perdon de tanta ofensa.

Mon. Yo no olvido, Señor, quantos mo-
tivos

de fé, de gratitud, de reverencia
me deben sugetar á vuestras leyes:
que aunque otras veces hayan con Di-
demas

ilustrado sus sienes mis abuelos,
esta gloria de mi tanto se aleja,
que ya no alcanza á deslumbrar mis
ojos

y yo no salgo de mi justa esfera.
Me acuerdo con respeto quan distante
he nacido, Señor, de las grandezas
que este ilustre himeneo me ofrecia:
y á pesar de mi amor y las primeras
ideas que formé á favor de un hijo,
quedespués de su padre; á quien respeta,
es el mayor de todos los humanos;
desde aquel dia en que por orden vues-
tra,

en mi frente se puso esta real vanda,
al Principe y á mi renuncie austera.
En el designio de sacrificaros
convenimos los dos de inteligencia,
y por mi orden distante de mis ojos
á olvidarme corria con presteza:
nuestro ferviente amor iba á extinguir-
se

del olvido en las sombras mas secretas.
Aun yo misma quejarme no debía
de mi suerte, que al fin menos adversa
á costa de mi amor toda la dicha
de un heroe como vos hacer pudiera.
Vos solo sois, Señor, vos sois el solo
que me apartó después de esta obediencia

en que ya mi virtud estaba fixa;
y ese fatal amor de quien hubiera
triunfado mi razon; esta cruel llama
que

que yo tenia ya casi deshecha,
à cuya causa se iba para siempre
à separar de mi; vuestra cautela
la supo descubrir, ò convencerme.
Ya llegué à confesarla: y obtenerla
le es preciso à mi honor. Vos, Señor,
nunca

la podreis olvidar, y la vergüenza
de haberos descubierto el amor mio
jamás se apartará de mis ideas.

Yo me figuraré que estais incierto
de mi fé y de mi amor, y menos fiera
es para mi la tumba que la mano
de un esposo que me hizo tal ofensa,
que sobre mi ha usurpado artificioso
esta ventaja barbara y funesta,
y que por fin avergonzarme hizo
de un fuego amante que por él no era.

Mit. ¿Esto me respondeis? ¿tan obstinada
resistís à mi ardor y mis finezas?
pensadlo bien, Señora: solo aguardo
para determinarme esta respuesta.

Mon. No Señor, no penseis que vuestras iras
espantarme podrán: ya estoy resuelta;
os conozco muy bien: tampoco ignoro
qué terrible desgracia, qué tormenta,
dispongo contra mi: pero qué importa?
ya preparada estoy à su violencia,
y nada podrá hacer que yo vacile.
Juzgado vos, Señor, pues sin reserva
me atrevo ya à explicarme de este mo-
do

excediendo el confin de la modestia:
vos os habeis servido de mi mano
para clavar con furia muy sangrienta
un puñal en el seno de vuestro hijo:
y quando él otra cosa no perdiera
que el amor de su padre, moriría:
mi mano y fé, Señor, cómo yo pueda
no serán premio de tan vil engaño.
Ya sabeis lo que firme mi alma piensa:
vos podeis castigarme à vuestro gusto:
armados del poder y de la fuerza
que teneis sobre mi; que yo entre tanto
voy à esperar tranquila mi sentencia;
pero antes de que parta, permitidme
que os diga que es justicia, y debo ha-
cerla

al honor y virtud que por si sola
se ha decidido mi alma à lo que intentas
que complice no tiene, y que sin duda
vuestra pasion quedará satisfecha,
si atendiera los ruegos de vuestro hijo.

SCENA V.

Mithridates solo.

Mit. Escuchad: ¡mas la perfida me dexa!
¿y yo consiento vil en que se vaya,
pareciendo que apruebo su insolencia?
¿cómo la ingrata sabe seducirme?
¿cómo hasta mi constancia titubea,
pues parece que dentro de mi pecho
mi corazon à su crueldad condena?
qué es esto? soy yo mismo? ¿ella es
Monima

y yo soy Mithridates? no, no vea
mas amor, mas perdon aquella ingrata:
mi colera renace, y ya comienzan
otra vez los furores de mi pecho.
Que tres ingratos viles luego sean
despojo de mi furia: voy à Roma,
y con su sangre perfida y perversa,
debo hacerme propicios à los Dioses,
lo debo y puedo hacer. Ya no hay quien
pueda

defenderlos aqui, pues sus parciales
por mi orden de esta orilla ya se alejan,
y el campo queda libre à mis furores;
vamos pues, y con rapida presteza
por Jifarés empieze mi venganza...
ea, rigor, por Jifarés empieza.

¿Mas qual es tu furor? à quien? ¿à tu
hijo?

à un hijo cuyo nombre à Roma aterra,
cuyo valor vengar puede à su padre!
ah! ¿por que ha de verter mi mano fiera
una sangre que me es tan necesaria?
que, ¿me ha dexado mi fortuna adversa
tantos amigos que tan facilmente
los quiera yo perder? no, no se pierda,
antes ganemos toda su confianza;
que ahora necesita mi fiereza
de un vengador y no de una querida:
y ya que es fuerza que me prive de ella,

D

2no

¿no sería mejor que al hijo solo
que tanto he menester se la cediera?
cedámosela, si... vanos esfuerzos
de un debil corazón que su flaqueza
está sintiendo el propio, y que procura
deslumbrarse en lo mismo que recela.
Yo la amo, yo la adoro, y muy dis-
tante

de quererla ceder... ay! esta es nueva
culpa de que pretendo castigarla:
mi esclava hasta aquí con indecencia
de esta pasión infame fué mi gloria:
así me determino à que ella muera,
pero sola; y el hijo me acompañe.

Con un poco que tenga de firmeza
castigo su desprecio, y me aseguro
de no tener ya nunca que temerla.

¿Mas que necia piedad pretende ahora
moderar el furor de mi violencia?

¿no soy el que otras veces inhumano
ha castigado culpas mas ligeras?

ah! Monima cruel! hijo alevoso!

¿que inútiles furores que me cercan!

y vosotros Romanos muy dichosos

¿que triunfo para vos si mi vergüenza

os fuera conocida! ¿si un aviso

os pudiera llevar noticia cierta

de mis internos barbaros combates?

que, temeroso yo de las cautelas

hasta de mis amigos supe armarme

contra toda ponzoña con destreza?

Con una larga y trabajosa industria

he burlado por fin lograr la fuerza

del mas fiero mortífero veneno:

y ahora debil... pero, ah mas me valiera

haberme armado cauto contra el riesgo

de una pasión amable y halagueña,

sin dexar encender en sus ardores

à un triste corazón à quien ya yela

el torpe frio de sus muchos años!

¿cómo podré salir de esta funesta

y obscura turbación? Cielos Divinos!

SCENA VI.

Mithridates y Arbates.

Arb. Ay Señor! vuestrastropas se rebelan,
y no quieren parar porque Pharnace

les ha dicho que ahora nueva guerra
vais en Roma à buscar.

Mit. Pharnace? Dioses!

Arb. El sedujo à su guardia la primera,
Solo el nombre de Roma atemoriza
à los mas valerosos. Ellos piensan
ir à peligros fieros y espantosos:
los unos con fervor besan la tierra,
y los que caminaban à embarcarse,
ò à las ondas intrepidos se entregan;
ò presentan sus dardos atrevidos
à quien quiere impedirlos que se vuel-
van;

todo está en un desorden lamentable,
todos claman por paz, todos se alteran,
y hacen mil amenazas de rendirse.

Pharnace está, Señor, à su cabeza,
y ofreciendo la paz por los Romanos
los descos del pueblo lisongea.

Mit. Ah perfido traidor! ve, corre presto,
que llamen à su hermano; que aquí
venga

de su padre al socorro.

Arb. Yo le he visto,

que à la orilla con impetu se acerca,
y se dice que yendo acompañado
de sus parciales, en el medio se entra
de los mismos rebeldes.

Mit. Qué oigo, Cielos!

malvados! mi venganza ha estado lenta,
pero no os temo no, los rebeldes
no podrán resistir à mi presencia.

No quiero mas que verlos: quiero solo
sacrificar allí à su vista misma

à dos perfidos hijos por mi mano.

SCENA VII.

Mithridates, Arbates y Arcas.

Arc. Señor, salvaos, porque yá acá llegan
los rebeldes, Pharnace y los Romanos.

Mit. Los Romanos, qué dices?

Arc. Qué cubierta

está de ellos la playa, y may en breve
vereis que en estos muros os asedian.

Mit. Cielos!.. vamos.. escucha.. de mi ruina
no lograrás gozar, desleal Princesa.

AC-

ACTO QUINTO.

SCENA I.

*Monima y Phedima.**Phed.* Señora, donde vais? ¿qué loca rabia,

que despecho feroz y delincuente
 arma vuestro furor contra vos misma?
 ¿vuestra barbarie es tanta que pretende
 cortar tan bella vida? ¿y ha podido
 hacer de esa Diadema un lazo aleve?
 ¿no veis como los Dioses mas piadosos
 indignados de accion tan inclemente,
 os han roto esa vanda entre las man-
 nos?

Mon. ¿Porque tu misma mas cruel mil ve-
ces

pretendes que mantenga con porfia
 una vida que es fuerza que deteste?
 ¿Jifarés ya murió, y el Rey no espera
 otro remedio en males tan urgentes
 que una muerte segura: ¿pues qué fru-
 to
 tus barbaras piedades se prometen?
 ¿deseas entregarme al vil Pharnace?

Phed. Esperad por lo menos à que lleguen
 noticias mas seguras que os informen
 mejor de Jifarés y de su suerte.
 En esta confusion, en el tumulto
 que acabamos de ver, decid, ¿no pue-
 den

facilmente los ojos engañarse?
 no à mucho que se oyó publicamente
 que estaba con el campo sedicioso,
 y ahora diciendo están, que los rebel-
 des

contra él han vuelto sus feroces armas.
 ¿Qué credito, que fè darseles puede
 à estos discursos entre si contrarios?
 juzgad de uno por otro: muy en bre-
 ve...

Mon. No: Jifarés no vive. No lo dudes,
 el infeliz suceso no desmiente
 à mis funestos tragicos temores;
 aun quando la noticia no supiese

yo creyera que ha muerto, y me per-
 suaden
 pruebas seguras: su valor ardiente,
 su despecho, y en fin su ilustre nom-
 bre,

que era de los Romanos terror fuerte.
 ¿Cómo Roma sedienta de su sangre
 segura la victoria ahora tiene?

¿qué enemigo tan inclito y terrible,
 en su valiente brazo iba à oponerse?
 ¿pero tu, desdichada, tu inhumana,
 tu muger infeliz à hablar te atreves?
 ¿no estás viendo si acaso vér lo quie-
 res,

que son delitos tuyos sus desgracias?
 de quantos asesinos inclementes
 lo ha cercado mi error, ¿cómo podía
 libertarse jamás de tanto aleve?
 quando hubiera evitado à los Roma-
 nos

y à su hermano, mis labios impruden-
 tes

¿no excitaron las iras de su padre?
 yo fui la que avivando fatal sierpe
 el incendio funesto de los zelos
 entre el padre y el hijo, supe hacermelo
 tizon de la discordia: fatal ruina,
 que el genio tutelar que à Roma atien-
 de

ha fomentado en mi para su gloria:
 y qué? ¿rea, Monima, vivir puedes?
 ¿esperas por ventura à que Pharnace
 en la sangre infeliz de ambos se cebe,
 que seguido despues de los Romanos
 venga à manifestarte sus placeres,
 su parricida y perfida alegria?
 ah! no, que los tormentos mas crueles
 primero me destrocen: si, tirana,
 en vano tu importuna amistad quie-
 re

à Phedima.
 cerrarme de la tumba los caminos
 que aun en tus brazos hallaria la muere
 te.

Y tu fatal tegido cruel Diadema,
 instrumento y testigo permanente
 de mis miseros males; vanda horrible,
 que en lagrimas amargas tantas veces
 han bañado mis ojos, ¿no podias

haberme hecho siquiera el indulgente
oficio triste de acabar mi vida?
anda lazo fatal, no te presentes
otra vez á mi vista, que otras armas
sin tu auxilio vendrán á socorrerme.
Y perezca aquel día desdichado,
perezca la cruel mano que en mi frente
te
vino á ceñirte por la vez primera.

Phed. Arcas llega, Señora; al Cielo plegue
que venga á disipar vuestros temores.

SCENA II.

Monima, Phedima y Arcas.

Mon. Conque todo por fin, Arcas, se pierde,
y el tirano Pharnace ya...

Arc. Señora,
yo no puedo decir lo que sucede:
aquí vengo encargado de un oficio
el mas cruel: este veneno debe
explicaros del Rey las intenciones.

Phed. Desdichada Princesa!

Mon. Dulce suerte!
dámelo Arcas, y al Rey di de mi parte,
que hasta ahora de todos los presentes
que me ha hecho su bondad, este á mi
gusto
el mas precioso y útil le parece:
al fin respiro. El Cielo me redime
de los socorros barbaros y crueles
que á vivir me forzaban; ahora dexa
que arbitrie sobre mí, y al fin consiente

que ya que no dispute de mi vida
disponga por lo menos de mi muerte.

Phed. Santos Dioses, piedad!

Mon. Cierra los labios,
no con indignas lagrimas me alteres
de este gozo el placer: si tu me amabas,
tu debías llorar mas tiernamente
en el infausto día en que me viste
con una vanda real ceñir mis sienes;

quando viste arrastrarme mi desgracia
del seno de la Grecia siempre alegre
á este salvaje y sanguinario clima;
vuelvete tu, Phedima, á habitar vuelve

en esos dulces prosperos países,
y si mi nombre entre ellos se mantiene;
diles lo que ha pasado, lo que has visto,

cuentales los horrores de mi suerte,
y de mi triste y á angustiada vida
hazles la historia tragica y doliente.
Y tu á quien el destino rigoroso
engañando á mi afecto tantas veces,
separa de este pecho adonde fuiste
tan adorado como serlo debes.

Heroe ilustre, con quien ni quando acabo

de mi vida el afán, se me concede
ser unida siquiera en un sepulcro.
Acepta el sacrificio que mereces,
y pueda este mortífero veneno
que en honor tuyo mi despecho bebo
expiando su sangre idolatrada
á tu gloriosa sombra dár paz siempre.

SCENA III.

Monima, Arbates, Phedima y Arcas.

Arb. Detened, detened.

Arc. Qué haces, Arbates?

Arb. Detened os repito. No se llene
ese barbaro horrible sacrificio.

Mon. Dexad amigo, que concluya en breve...

Arb. No os opongaís, Señora, que mi zelo

Le quita y arroja el veneno.

del Rey á los preceptos obedece.

Vivid, vivid, Señora: y tu Arcas corre,

y del feliz suceso prontamente
vuela á dar la noticia á Mithridates:
dile que llegué á tiempo y que se tem-
ple.

SCE.

SCENA IV.

*Monima, Arbate y Phedima.**Mon.* A quien? al Rey?*Arb.* El Rey en este instante

está con poca vida, ya fallece;
 yo le dejo cubierto de su sangre
 llevado entre los brazos de sus gentes,
 y Jifarés que se deshace en llanto
 le sigue sin que nada le consuele.

Mon. Jifarés! Santo Dios! Cielos que escuchó!

á creerlo mis oídos no se atreven.
 ¿Qué Arbate, Jifarés, Jifarés vive?
 vive lleno de gloria refulgente;
 pero oprimido de dolor y angustia:
 La funesta noticia de su muerte
 que se esparció veloz por todo el campo;
 no solo á vos, Señora, os entristece:
 los Romanos que astutos la apoyaban
 con altos gritos de algazara alegre
 tambien nuestros afectos consternaron:
 el mismo Mithridates se convence,
 triste llanto derrama, y desde entonces

dando por derrotadas á sus huestes;
 viendose perseguido por un hijo
 que en todas partes estrecharlo quiere,
 viendo casi forzado su Palacio
 sin que socorro ni venganza espere;
 y viendo en fin las Aguilas Romanas
 que con sus tropas á mezclarse vienen:
 no pensó su grande alma en otra cosa
 que en un medio buscar que le liberte
 del horror de caer entre sus manos.
 Al principio tentó de los mas fieles
 venenos que tenia el cruel recurso:
 mas los halló sin fuerza è impaciente:
 vanos socorros (dixo) de que tanto
 asegurarme quise: ya no tienen
 el solo fruto que sacar podia
 de su auxilio cruel. Ahora se prueben
 medios mas eficaces y seguros;
 y buscar procurémos una muerte
 que sea mas funesta á los Romanos.
 Asi habló generoso, y acomete

á toda la Romana muchedumbre.

Al aspecto de aquella augusta frente
 que habia en la campaña derramado
 el terror en sus filas tantas veces
 retroceden absortos los Romanos,
 y entre ellos y nosotros se vé en breve

libre un espacio. Ya tambien algunos
 á las naves corrian diligentes:
 pero... ¿podré decirlo, santos Dioses?
 Animada su furia nuevamente
 por el mismo Pharnace, y la venganza

haciendo que por fuerza se despierte
 en sus tremulos pechos el arrojó
 hacen cara otra vez, y se resuelven
 á combatir al Rey á quien ya solo
 seguia mi valor y poca gente:
 ¿quién podrá describir con altos hechos

con que acciones sublimes y excelentes,
 con que robustos golpes precedidos
 de una feroz mirada, esta alma fuerte

terminó sus hazañas inmortales?
 en fin, cansado ya; ya casi inerte
 cubierto de sudor, de sangre y polvo,
 alli de los cadaveres yacientes,
 se formó al rededor una trinchera:
 mas otro batallón de nuevo viene
 á esforzar el ataque: los Romanos
 que lo observan sus impetus detienen,
 y descansan un rato con la idea
 de unirle y destrozarle. El Rey lo advierte

y me dice: ya basta, fiel Arbate,
 ya basta amigo, tu valor suspende,
 que la colera ciega me despeña,
 y me obliga á abanzar muy imprudente,

que por lo menos Mithridates vivo
 en las manos de Roma nunca quede.
 La espada empuña, y con resuelto
 brazo

atraviesa su pecho; mas la muerte
 todavia le huye. Entre mis brazos
 el Heroe cae casi falleciente:

aun

aun que debil , furioso se irritaba
contra muerte tan lenta : de aquel bre-
ve

triste resto de vida se dolia,
y levantando , bien que torpemente
su ya tremula mano le señala
á mi brazo el parage donde tiene
su asiento el corazon, como que implo-
ra

el socorro de un golpe mas urgente.
Yo en tanto poseido , penetrado
del amargo dolor que me posee,
me iba á quitar la vida , quando es-
cucho

un confuso tropel de armas y gentes:
vuelvo la vista y miro , ¡santos Dio-
ses!

¿quién pudo adivinar este incidente?
y miro que Pharnace , y los Roma-
nos

vencidos y deshechos retroceden.

Que abandonan la plaza , y presuro-
sos

corren á sus navios á esconderse.

Busco á su vencedor , busco la mano
que los pudo vencer , y en tiempo bre-
ve

ven mis ojos , y apenas se persua-
den,
á Jifarés.

Mon. Oh Dioses! socorredme.

Arb. A Jifarés que fiel á su gran padre,
á pesar de un gran numero de alevos
que lo habian cercado recelosos
de su zelo y valor , supo valiente
libertarse por fin de entre sus brazos,
y forzando despues los mas rebeldes,
ganando á los demás lleno de gozo,
otra vez de mil muertes logró hacerse
un camino glorioso hácia su padre.
¿Juzgád si su dolor seria urgente,
quando le vió en aquel misero esta-
do?

ciego de su furor iba á romperse
el pecho con violencia : pero todos
corren hacia él , y logran detenerle
el impetu feroz. El Rey entonces
sus ojos angustiados á mi vuelve,

y con voz ya tan debil , que en sus la-
bios

apenas se alentaba balbuciente
me dice : corre , amigo , y si aun es
tiempo

anda , y salva á la Reyna de la muer-
te:

me llena de terror este discurso,
sospechando algun orden inclemente.
A pesar del cansancio y la fatiga,
el zelo y el temor me hacen que vuele.
¡Mil veces venturoso ¡que he podido
suspender este golpe felizmente.

Mon. Ay Arbate! mi pecho atribulado
con horror tan funesto , compadece
del Rey tan grande el misero desti-
no...

ojalá que en su triste y dura suerte
yo no hubiera tenido parte alguna;
que en sus muchas desgracias yo pu-
diese

verter por él mi compasivo llanto
sin que fuese culpada. Pero él viene
Sonto Cielo! ¿qué barbaro tumulto
á mi angustiado espiritu conmueve
viendo la sangre que derrama el pa-
dre,

y el tierno llanto que su hijo vierte?

SCENA ULTIMA.

Mitbridates *Monima* , *Jifarés* , *Arbate* ,
Arcas y *Guardias* que sostienen á *Mi-
thridates*.

Mon. ¡Ay Señor , como os veo! ¡qué des-
tino

tan terrible es el vuestro!

Mit. Haced que cesen
las inútiles lagrimas : mis hados
sentimientos mas utiles requieren
que una piedad esteril , y mi gloria
digna de admiracion eternamente,
no debe con el llanto deshonorarse.
Dexad pues de llorar , pero atended-
me:

yo he vengado hasta aqui quanto he
podido

al universo todo , y solamente
la muerte me atajara este proyecto.
Enemigo mortal de Roma siempre,
y de su tirania , ni un instante
he sufrido su vil yugo indecente,
y puedo lisongearme que entre todos
los hombres que gloriosos hacer pueden
un odio igual al mio , no hay alguno
que mas sangre ni lagrimas le cueste,
ni que las haya mas , que yo llenado
la historia de sus fastos insolentes
con desgraciados y funestos dias.
El Cielo no ha querido concederme
el placer de haber visto que en cenizas
quedaba toda Roma , y que yo diese
el ultimo suspiro entre sus ruinas.
Pero al fin mas piadoso me concede
el morir rodeado de enemigos,
á quienes dió mi brazo fiera muerte,
ò permitió que el mismo se bañase
en la perfida sangre que aborrece.
Y que por fin las ultimas miradas
de mis debiles ojos , solo vieses
huir á los Romanos. Esta dicha
á mi hijo Jifarés toda se debe.
El es quien me ha librado de la angustia
del tirano dolor de que muriese
en su infame presencia. ¿Porque el Cielo
pagarle tanta accion no me concede
con todos los Diademas soberanos,
que otras veces brillaron en mi frente?
Pero , amable Monima , ya no tengo
Imperios ni Coronas que lo premien.
Vos sois el solo bien que me ha quedado:
dexád pues , que yo pueda agradecerle
tanto servicio con haceros suya,
que yo os ceda , y con vos le recompense:

y aquel amor que para mi queria,
pido que en Jifarés todo se emplee.
Mon. Vivid , Señor , vivid , para ver que
ambos
sacrificar sabemos reverentes
á vuestra dicha todo nuestro afecto.
Vivid para que pueda vuestra suerte
mejorarse , y triunfar de un derrotado,
ya timido enemigo: finalmente
para vengar...
Mit. No mas : que ya he vivido:
hijo mio en ti piensa , y defenderte
no presumas de numero tan grande.
Los Romanos corridos , mas ardientes
por su mismo rubor , por todas partes
guerra cruel procuraran hacerte:
el tiempo que te dexa ahora su fuga
no le pierdas en dar inutilmente
á mis cenizas funebres honores.
Te los dispenso todos ; me parece
que bastan para pompa en mi sepulcro
tantos Romanos muertos , y yacentes:
reserva á mejor tiempo tu venganza;
y ahora solo piensa en esconderte.
Jif. ¿Señor , que yo me esconda ? que
Pharnace
se quede sin castigo ? y que no pruebe
mi furia Roma...
Mit. No ; yo te lo ordeno.
Pharnace los suplicios que merece
tendrá tarde , ó temprano: en Roma
fia:
ella sabrá cuidar de que no quede
sin castigo el traidor. Pero ya siento
que mi fuerza flaquea y desfallece.
Ya siento que me muero. Hijo querido,
acercate á mis brazos que te estrechen:
y recibe por fin en este abrazo
de

de Mithridates el alma.

Mon. Oh Dios! ya muere.

Jif. Ay Señora! juntando nuestro llanto-

solo en vengarle nuestro afecto pien,
se.

F I N.

Barcelona: Por la Viuda Piferrer, vendese en su Libreria,
administrada por Juan Sellent; y en Madrid
en la de Quiroga.